

27 FEB 1921

La Esfera



Año VIII • Núm. 373

Precio: Una peseta



ELENA FOURMENT, SEGUNDA MUJER DE RUBENS, autor del cuadro

SE HA PUESTO Á LA VENTA, CON ÉXITO ENORME,
LA SIN VENTURA

(VIDA DE UNA PECADORA IRREDENTA)

NOVELA DE 350 PÁGINAS POR

“EL CABALLERO AUDAZ”

Pedidos, al autor

PRENSA GRÁFICA

Con el próximo número de

La Esfera

repartiremos,

sin aumento de precio,
 el índice de la colección del año 1920.



Phillips RUBBERS

Las SUELAS y TACONES PHILLIPS

son fabricadas en Inglaterra y vendidas en todas partes del mundo. Las suelas de caucho delgadas con salientes son fijadas al extremo de las suelas ordinarias y tacones, siendo una protección completa contra la humedad.

Usando estas suelas y tacones los zapatos duran tres veces más que de ordinario



Fabricados con PHILLIPS primera calidad goma negra, superior a cualquier otra goma negra ó gris del mercado.

“PRESIDENT” es un tacón de goma con el centro de piel. Excelente para usarlo en la ciudad.

“GLORIA” Tacón giratorio. El tacón más económico del mercado.

Misterios de la Policía y del Crimen

PÍDASE Á ESTA ADMINISTRACIÓN

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

Agente de “Prensa Gráfica” en Méjico, **D. Nicolás Rueda**. Avenida del Uruguay, 55. Apartado de Correos 2.546.

Para toda la publicidad extranjera en “Mundo Gráfico” y “La Esfera”, dirigirse á la Agencia **Havas**. 8, Place de la Bourse, París; 113, Cheapside, London E. C., y Preciados, 9, Madrid.

“La Esfera” y “Mundo Gráfico”. Unicos agentes para la República Argentina: **Ortigosa y C.**, Rivadavia, 698, Buenos Aires. Nota: Esta Empresa no responde de las suscripciones que no van hechas directamente en la República Argentina por nuestros agentes Sres. Ortigosa y C.^a, únicas personas autorizadas.

Delegación de “Prensa Gráfica” en Portugal, don **Alejo Carrera**. Rua Aurea, 146, Lisboa, y rua Santa Catalina, 53, Oporto.

Para anuncios y suscripciones dirijanse á las delegaciones de “Prensa Gráfica” y “El Sol” en **Baleares y Cataluña** (Ibiza, Formentera, Ca-

brera, Mallorca y Menorca.-Barcelona, Tarragona, Gerona y Lérida), á Barcelona, Rambla de Canaletas, 9. Director: **D. Joaquín Montaner**.

En **Andalucía** (Córdoba, Sevilla, Huelva, Cádiz, Málaga, Granada, Jaén y Almería), á Sevilla, calle de Albareda, 16. Director: **D. Ramón García Lara**.

En las **Vascongadas y Navarra** (Alava, Vizcaya y Guipuzcoa.-Navarra), á San Sebastián, calle de San Ignacio de Loyola, 1. Director: **D. Pedro Garicano**.

En **Levante** (Valencia, Castellón, Alicante, Murcia y Albacete), á Valencia, Plaza de Canalejas, 2. Director: **D. Ambrosio Huici**.

En **Burgos, Palencia y León**: á Burgos, Plaza del Duque de la Victoria, 14. Director: **D. Joaquín Arrarás**.

En la Zona Española del Protectorado de **Marruecos**: á Tetuán, Plaza de España. Director: **D. Antonio Got**.

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

La Esfera

Año VIII.—Núm. 373

Madrid, 26 de Febrero de 1921

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



EL CABARET

Dibujo original de Ricardo Marin



DE LA VIDA QUE PASA
LA LIRA ERRANTE



Es cierto que al abandonar Fiume el poeta D'Annunzio ha dicho que se avergüenza de ser italiano? ¿Es verdad que, como Schopenhauer y como Heine, ha sentido el rubor del suelo natal? Si ello hubiera ocurrido, sería preciso declarar que el móvil del autor de *La nave*, al emprender una aventura que ha podido turbar nuevamente la paz europea, no ha sido el patriotismo, sino la fanfarronería inconsciente, la vanidad ególatra ó la ambición vulgar.

¡Avergonzarse de su patria! Si que es ello bien triste. Para acabar en tan bochornosa declaración no era preciso pulsar la lira del Dante y de Carducci; no era menester rememorar las valerosas hazañas de César Borgia y de Garibaldi. No había por qué erigirse en representante de la latinidad frente al pueblo checoslovaco; no apremiaba entonar los himnos bélicos de las legiones del Piamonte, ni adoptar una postura artística no registrada en las actas de San Donnino.

¡Poverino D'Annunzio! ¿Adónde irá que no se sepa que es italiano, para poder seguir presumiendo de genio inmortal? ¡Ah! Los superhombres deberían tener una superpatria, en donde les fuera dado erguir su cabeza calva y dolicocefala, y lanzar el grito de Chanteclaire. Los modernismos líricos no necesitan de solares históricos: les basta con las tierras de ensueño, en donde suspiran las princesas cloróticas y se desmayan las flores en los búcaros, y con las galerías marmóreas, desde las cuales cantan los bardos la marcha triunfal del cortejo de los paladines.

No esperéis un canto al patriotismo. Esos cantos se quedan para los poetas que se sienten capaces de fundar una nueva nacionalidad. Los hombres vulgares no nos enorgullecemos de nuestra patria, por la razón sencilla de que no nos ha sido dado escogerla; pero mucho menos renegamos de ella. No hay patria pequeña ni territorio que no merezca el respeto y el amor de quien tiene en él sus ideales y sus amores. Por grande que quiera ser un hombre, es más grande la patria que mecio su cuna. Grecia es mucho más grande que Homero; Alemania, que Goethe; Roma, que Augusto; Francia, que Carlomagno. Aun las grandes figuras que se desligaron del terruño y

hablaron en nombre de todos los humanos, son más pequeñas que la humanidad. Quien se avergüenza de su patria es incapaz de comprenderla. Si D'Annunzio fuera más grande que la Italia de Sanzio, del Tasso y de Miguel Angel, la hubiera engrandecido, y hubiera, al menos, sabido morir por ella. Cervantes, cuyo pedestal es capaz de dar sombra á todos los líricos del fuste del soldadito aviador, fustigó á su patria, pero la dió un libro y una mano, y la hizo digna de ser admirada por la posteridad.

De otras cosas hay que avergonzarse, que no

de la patria. Es más: esas maldiciones no suelen ser sinceras. En la poesía célebre del emigrante, éste prorrumpo, desde la cubierta del trasatlántico, en imprecaciones contra la tierra en que nació, y, como el héroe griego, jura que no poseerá sus huesos. Pero luego entrega á su hijo un saquito lleno de aquella tierra y, con las lágrimas en los ojos, le ruega que si muere lejos de su país cubra con ella su sepultura. Puestos á elegir entre pomposidades retóricas, nos parece preferible la del gran Castelar, cuando entona á la patria el himno más sublime que han escuchado los oídos latinos.

Poeta por poeta, ante un D'Annunzio parece preferible á los hombres de bien un D. Bernardo López García.

Tan destestable es la patriotería como el odio á la patria. Una cosa trae otra, por consecuencia natural.

ooo

Y bien. ¿Adónde irá el poeta fanfarrón y pseudoheroico? Tal vez á París; pero París, frívolo en apariencia, le sonrojará con el recuerdo de sus heroísmos, de sus gloriosas páginas, de sus desprendimientos sublimes. ¿Irá á América? Encontrará el orgullo de raza, la vanidad legítima de la devoción á los ideales continentales. Ni aun en el Africa Central podrá encontrar un solo pueblo en donde no se sienta la palpación de un patriotismo innato. Sería preciso que viviera perdurablemente en medio del mar, y cada mar tiene una leyenda; sobre sus aguas flota el genio dominador de un pueblo y de una época. D'Annunzio será un solitario, más solitario que los prosriptos del pueblo errante, que llora por las magnificencias de la derruida Jerusalén.

Porque renegar de la patria es condenarse á perpetuo aislamiento, como renegar de la madre es sumirse en perpetua orfandad. ¡Pobre Júpiter sin Olimpo! Su destino es morir envuelto en la vulgaridad, que no tiene patria porque no sabe merecerla.

Sobre su sepultura acaso escriba una mano piadosa: «Aquí yace el bardo Gabriel, que quiso ser héroe, y no se atrevió; que pretendió crear una nacionalidad, y no supo. Renegó de su patria. Italianos: arrojad sobre su sepultura un grano de arena del Adriático.»

ANTONIO ZOZAYA

ARTISTAS DEL TEATRO REAL



MARÍA ROSS

FOT. WALKEN

Todo lo reúne esta gentil muchacha, que acaba de obtener un triunfo en su exquisita versión de Gilda, del popular *Rigoletto*. Tiene belleza, distinción suprema, una voz deliciosamente timbrada y ágil, y, lo que es más importante aún, certero instinto dramático. Sin duda alguna, su carrera artística ha de ser brillante.

OTOÑO

(SAMAIN)



Andamos lentamente la senda conocida,
el perro familiar sigue nuestras pisadas,
el gris otoño mueve al fin de la avenida,
y el horizonte cruzan dos damas enlutadas.

Lo mismo que en un patio de cárcel ú hospital,
el ambiente es de una densa monotonía,
cada hoja de oro cae en la hora fatal
como un recuerdo lleno de infinita agonía.

Entre nosotros late el Silencio... Cansados
del viaje, acatamos los sueños no gustados
y, egoístas, pensamos en regresar al puerto.

Pero los bosques tienen tanta desolación
sobre sus muertas fuentes y su ramaje yerto,
que hablamos del pasado temblando de emoción,
dulcemente en voz baja, como de un niño muerto.

Tradujo E. CARRÉRE

DIBUJO DE AGUIRRE

POR TIERRAS GRANADINAS
LA DEHESA DE LA ALFAGUARA

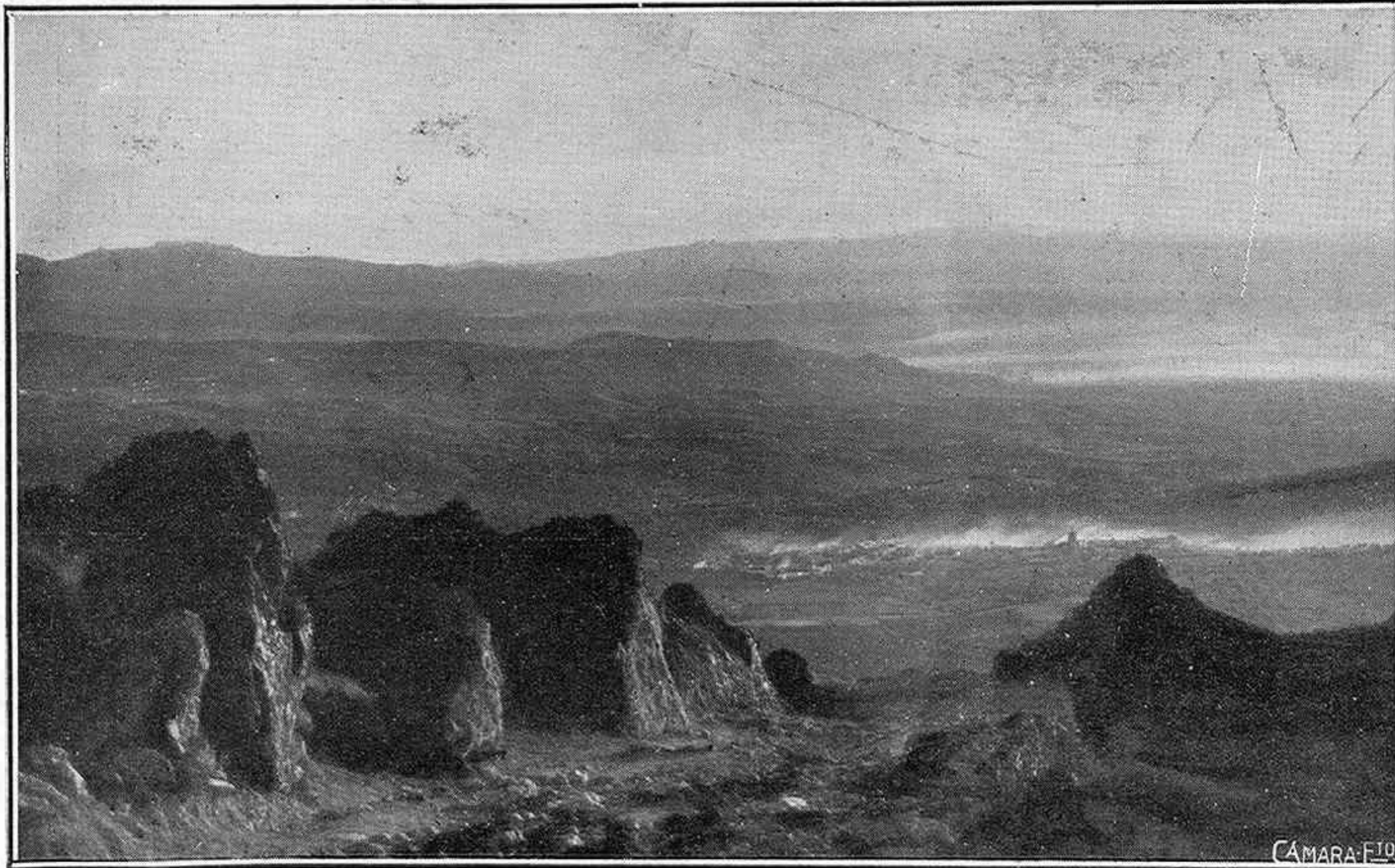
SON tantas las bellezas que encierra Granada, que el turista, en unos días de estancia, apenas si tiene tiempo de admirar sus monumentos históricos, sus obras de arquitectura, sus interesantes callejas medievales, sus barrios gitanos, y se marcha, generalmente, sin visitar los pintorescos alrededores; sin hacer excursiones á las agrestes valles del Genil, Monachil y Dilar; sin conocer la interesante Alpujarra; sin trepar por los picos más cercanos; sin escalar las blancas cumbres de la incomparable Sierra Nevada.

Hay pocas comarcas que, como la granadina, reúnan en tan corto espacio fértiles playas con vegetación tropical, bravías montañas y profundas simas cubiertas de eternas nieves; alegres vegas sembradas de blancos caseríos; pueblos grises alpujarreños, pegados á las breñas cual nidos de águilas, y hoy tan árabes en su estructura como en tiempos de la Reconquista.

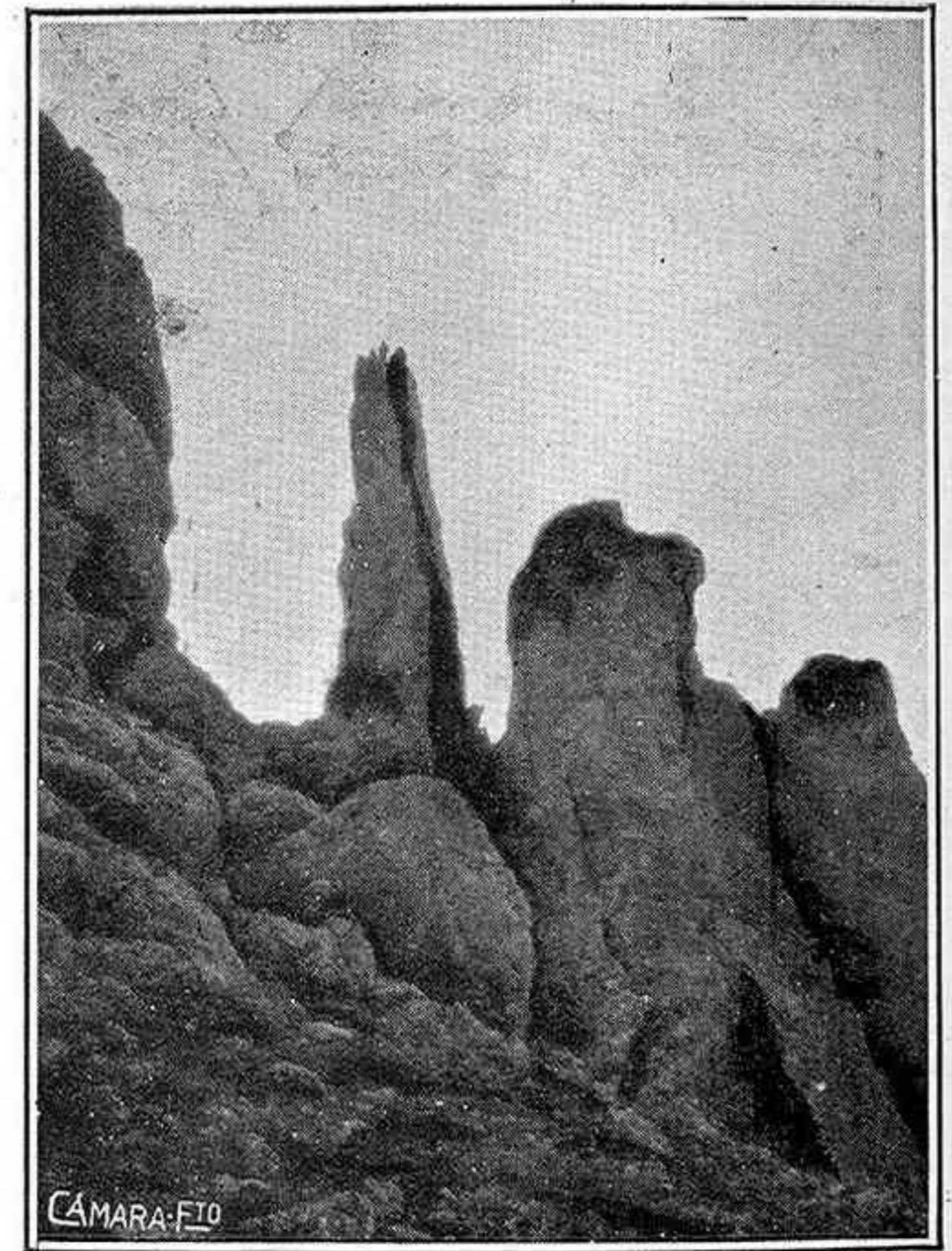
Una de las estribaciones de Sierra Nevada, conocida por Sierra de Alfacar, es muy frecuentada en su vertiente Oeste, por brotar en su falda una hermosa y abundantísima fuente, llamada Fuente Grande, que, además de fertilizar una extensa faja de terreno, surte de agua al barrio más antiguo de Granada: el Albaicín. Es sitio que, por su panorama y agua fresca y cristalina, invita á los clásicos «días de campo» andaluces, con «arroz y gallo muerto, vino y aceitunas». El camino es pintoresco: pasa por los pueblecitos de Alfacar ó Viznar, ambos rodeados de fértiles vegas y hermosos olivares, recostados en la



Vista de Sierra Nevada, desde la terraza del Sanatorio de la Alfacuara



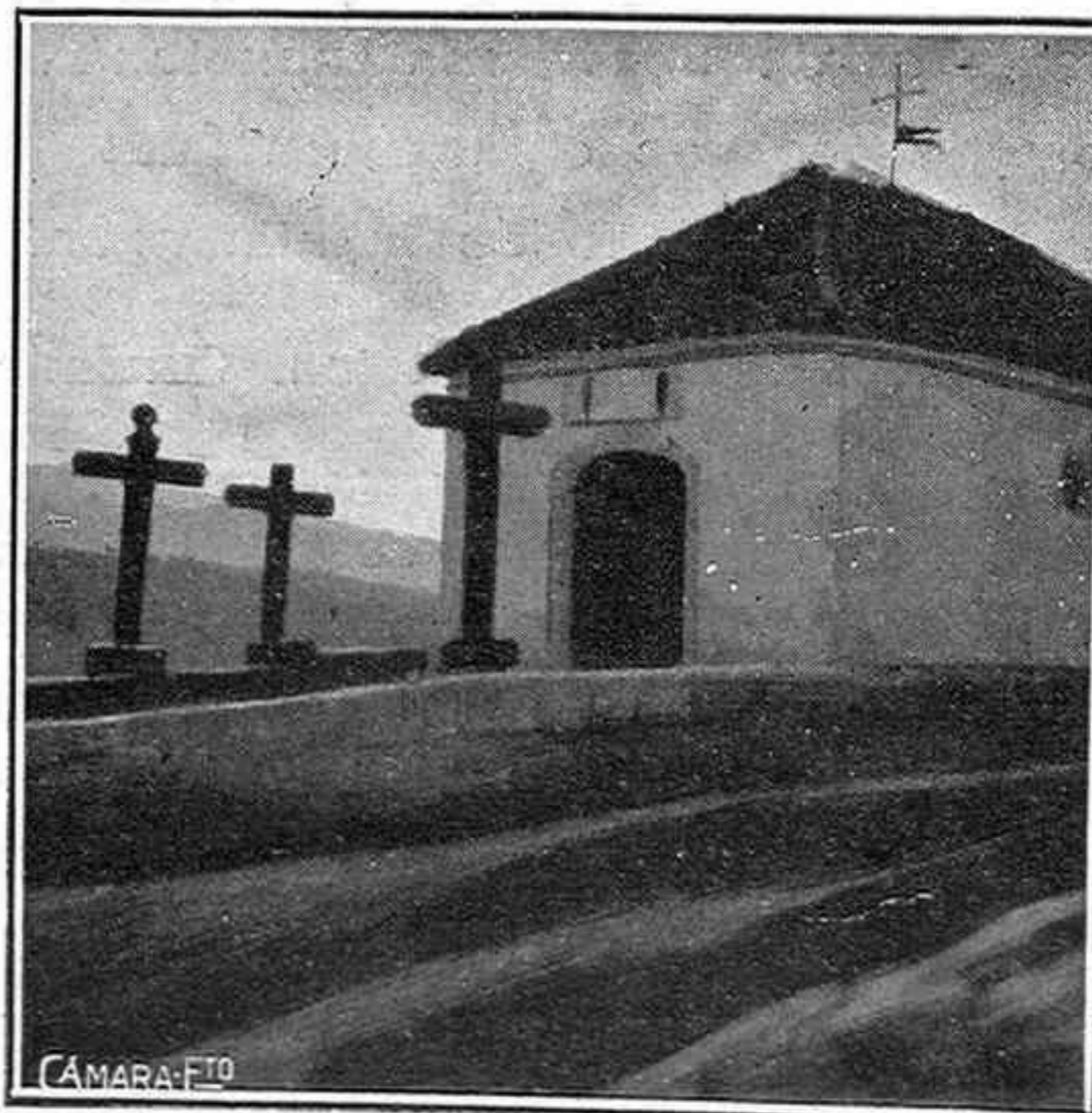
Vista del pueblo de Alfacar, desde el puerto



Camino del Sanatorio de la Alfacuara

falda de la Sierra, y ambos con pequeñas, pero numerosas, industrias de panificación, que proveen, á lomo de pacientes borricos, de riquísimo pan, llamado casero, á parte de Granada. Lo que saben pocos es que, subiendo la vertiente Oeste, escarpada y exenta de toda vegetación, pasado el puerto, al otro lado de aquellas agrias cumbres, la Sierra árida é inhospitalaria se cubre de un muy extenso y frondosísimo pinar, llamado Dehesa de la Alfacuara (en árabe, manantial copioso), que, abriendo algunos de sus altos valles al Sureste, ofrece uno de los más espléndidos y bellos panoramas del mundo.

Ya camino del puerto, se va extendiendo la vista, en primer término, sobre los pueblos de Viznar y Alfacar; después, sobre la dilatada vega granadina, con sus innumerables manchitas blancas de poblados y casitas, teniendo enfrente la Sierra Tejea, cuyas crestas también pasan el invierno cubiertas de nieve, y á la derecha los montes de Loja. Vencida la empinada subida al puerto por carretera serrana, construída por los ingenieros de Montes, á cuyo cuidado está encargada la conservación del magnífico pinar de la Dehesa de la Alfacuara y la repoblación de los montes circundantes, el camino se torna apacible



Ermita en el camino del Sanatorio de la Alfacuara

y risueño; serpentea entre chaparros y pinos, á cuyos pies se extienden, en cuanto pasan los días más crudos del invierno, verdes praderas sembradas de innumerables florecillas.

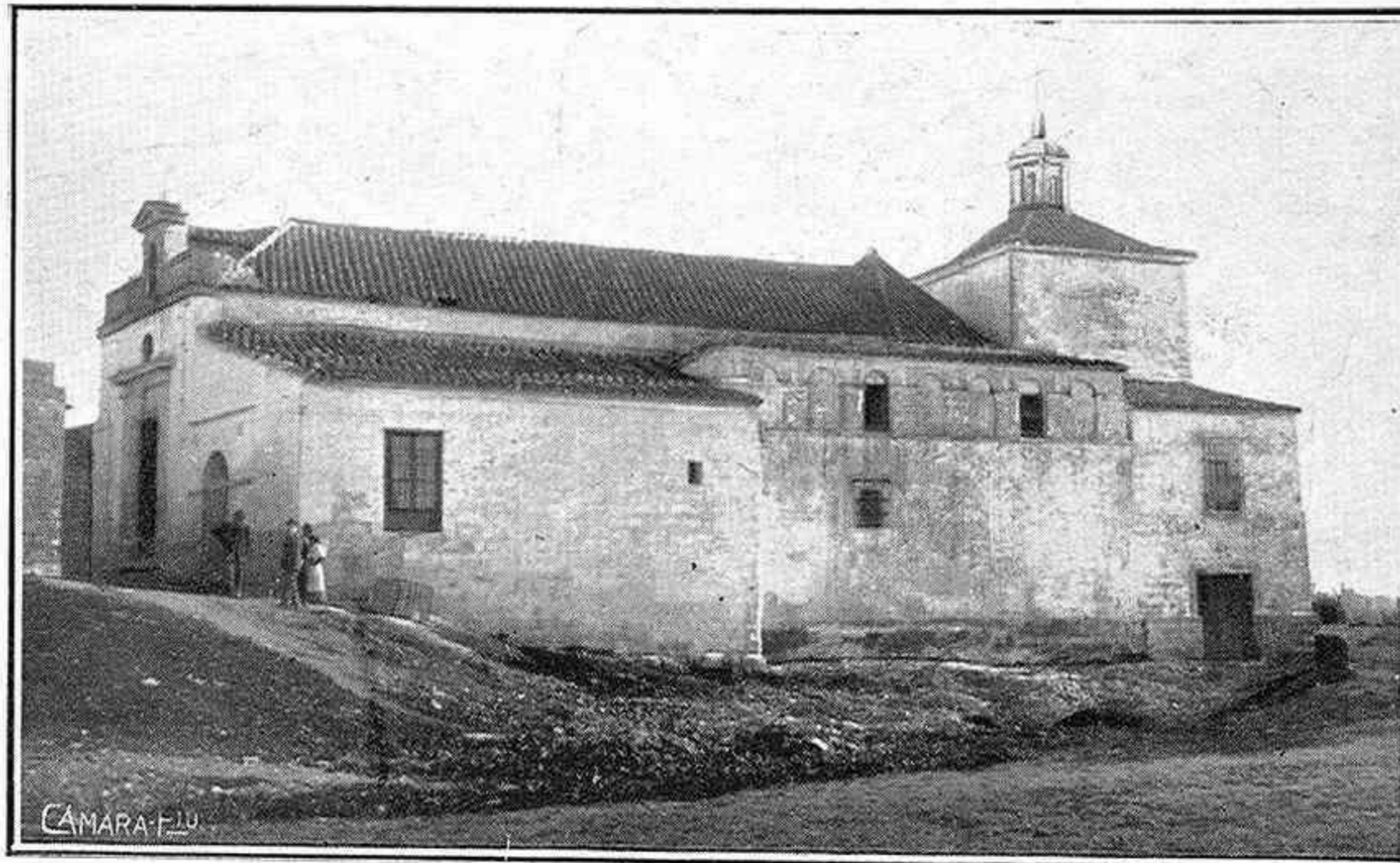
Uno de los pequeños valles que á más de 1.200 metros de altura cruzan la Dehesa, será pronto conocido de muchos granadinos; el nombre de la Dehesa de la Alfacuara se pronunciará también con cariño fuera de la comarca, al saberse que cerca de Fuente Fría se está levantando un Establecimiento benéfico, nacido por iniciativa privada, al calor de un gran amor y de una profunda compasión por los físicos pobres, y edificado con donativos particulares.

El Sanatorio de la Alfacuara, situado á 1.540 metros de altura, en hermosísimo pinar, á quince kilómetros de Granada, en paraje resguardado de los vientos, en sitio ideal (en solana), con un panorama que pueden envidiarle los mejores Sanatorios para ricos, de Suiza, estará abierto todo el año, y dará gratuitamente albergue, manutención y cuidados médicos á doce mujeres y doce hombres tuberculosos pobres. Muy de veras deseamos se inaugure pronto y dé á sus enfermos tanta salud y satisfacciones como sus fundadores se proponen.

La Ermita de San Telmo, de Jerez de la Frontera



El Santo Cristo de la Esperanza



La Ermita de San Telmo, de Jerez de la Frontera



Imagen de Nuestra Señora del Valle

EN un extremo de la ciudad de Jerez de la Frontera, y dominando una gran extensión de terreno, donde la carretera que por él cruza, serpenteando, es como una cinta fantástica que la imaginación colocara, al acaso, en la campiña verde, está la Ermita de San Pedro González, conocida vulgarmente por San Telmo. Un recinto breve, en el que se encierra una historia de fe de la población meridional, que eleva, orgullosa, al cielo andaluz los torreones de su Alcázar moro.

Refugio de tradiciones populares, guarda un latido del alma apasionada, que aún recuerda a los árabes. En ella se venera la imagen del Santísimo Cristo de la Expiración; imagen histórica que en las noches de Semana Santa, llenas de misterios moros, recorre la ciudad entre oraciones y saetas.

Muchas son las reliquias artísticas e históricas que en esta Ermita se conservan.

Mencionaremos primero el púlpito, bellísima obra de Renacimiento español recargado. Está situado a la derecha de la única nave que forma la iglesia, y tiene acceso por una pequeña puerta practicada en el muro, al cual está adosado.

El altar de San Telmo, enclavado a la izquierda de la puerta de entrada, es también de Renacimiento español recargado, habiendo sido restaurado recientemente.

Sigue a éste otro altar de igual estilo, y en el que se veneran dos imágenes: una de la Virgen y otra de San Juan, cuyo valor es histórico. Fueron encontradas durante una obra, ocultas en un muro.

En el altar mayor, del mismo estilo que los anteriores, se veneran las imágenes del Santísimo Cristo de la Expiración, Nuestra Señora del Valle y San Juan.

Los objetos de arte que en esta Ermita se encierran pertenecen a la Cofradía del Santísimo Cristo de la Expiración, que, según se cree, es la más antigua de toda la provincia, datando su fundación del año 1600.

Se le llama de los Barqueros, por ser éstos los que la fundaron, y su escudo lo forman una carabela con tres cruces.

Cuenta la tradición, que cuando los barqueros salían de viaje traían siempre una ofrenda a su Cristo, de cuyo madero pende hoy una vela, afirmando que ello es debido a que habiendo salido uno de aquellos hombres—el más tacaño de todos—, cuyo barco había estrenado una vela, vióse arrojado al agua por un golpe de mar. Encomendóse a su Cristo, y, salvado milagrosamente, al regresar a tierra hizo donación de la vela que estrenara su embarcación en aquel viaje que pudo ser para él el último.

La Cofradía sale en procesión de penitencia el Viernes Santo. La componen tres «pasos»: el del Santísimo Cristo, el de San Juan Evangelista y el de la Virgen del Valle, a quien el pueblo llama la Virgen Gitana, pues aunque su rostro no es negro, la expresión de sus ojos—que parecen hablar al que los mira—tiene fulgores, tiene vida; y su cara, expresión ardiente de gitana belleza. El traje, manto y dosel—que descansa

sobre riquísimas andas de plata—son de terciopelo, bordados en oro, y de extraordinario valor.

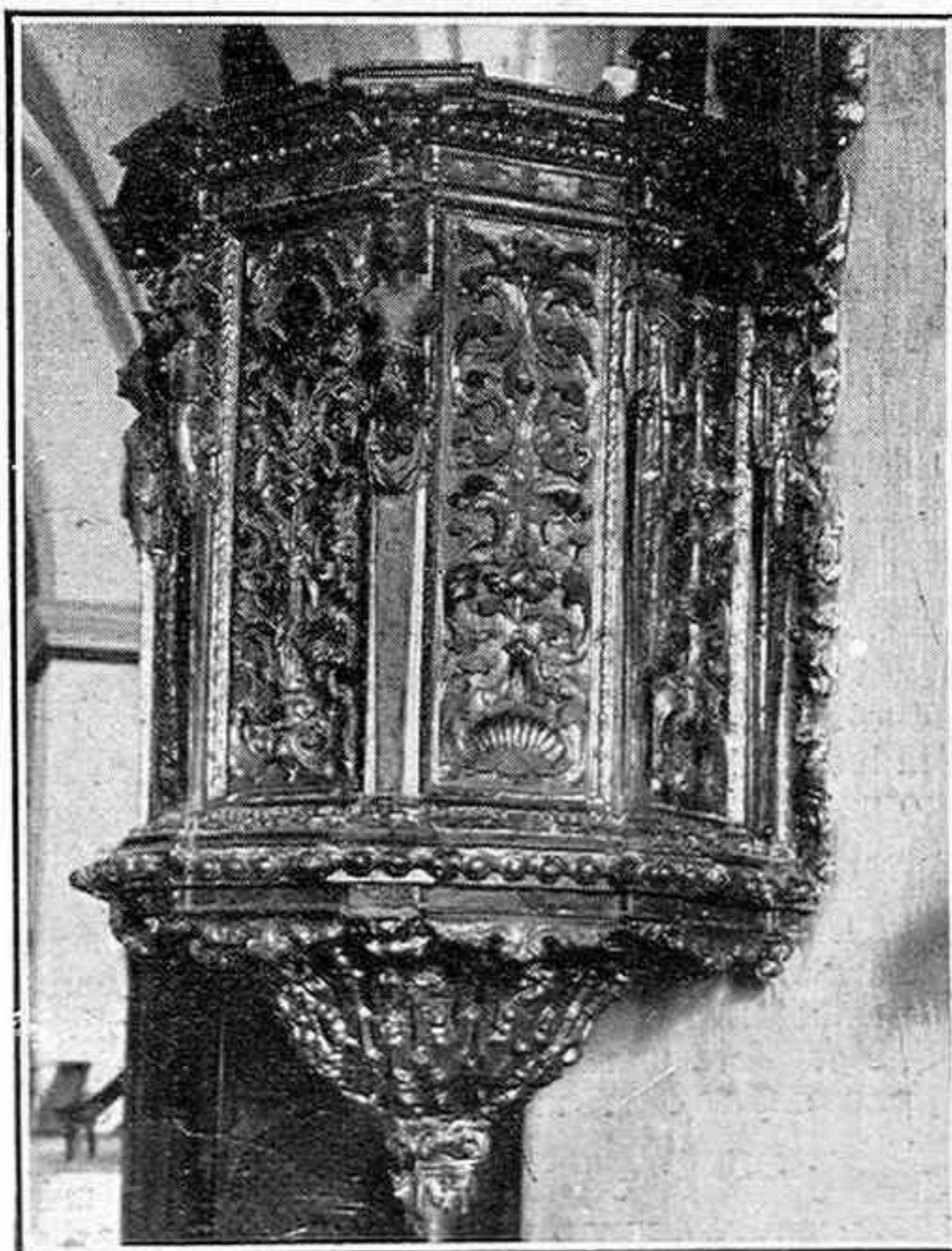
La túnica que llevan los Hermanos es negra, rizada y con capirote, de las llamadas egipcias, siendo la única Hermandad que conserva este modelo.

Por merecer una principalísima atención dejamos para último lugar la descripción de la hermosísima cruz de plata repujada en que va enclavado el Cristo.

Fué valorada en 60.000 pesetas, pero este valor es mayor hoy. El metal que la forma es de lo más puro que se conoce. Trabajada primorosamente a mano, data del siglo XVIII, según resulta de una inscripción que en ella se lee y que dice: «Y se puso por obra por Don Xrisptobal Clemente Torrijos, Cu^a Bedo de la IGle^a Parroal del Sr. San Miel y por Don Manuel Vicente Torrijos, Cura teniente de dicha IGle^a los q consagraron Su Corazón al S. S^{mo} Xrispto. Año de 1.744».

En su parte inferior hay otra inscripción que confirma lo anterior, y en la cual se lee: «Ciendo Mr domo Antonio brabo y P^o Ximenez y Alonso franco hermanos mayores año de 1.744.»

Como de la primera de estas incipciones citadas se deduce, la cruz fué fabricada bajo los auspicios de los curas de la parroquia de San Miguel, habiendo sido premiada en una Exposición de Arte antiguo.



Magnífico púlpito de la Ermita de San Telmo

FOTS. DE E. BUTLER

Contiene todos los emblemas de la Pasión y es legado testamentario de Don Alberto Manuel Caballero, pues así consta en ella misma, donde puede leerse: «Esta Cruz la legó en su testamento a este S. S^{mo} Xrispto de la Expir^on Don Alberto Manuel Cavallero.»

El donante falleció el 6 de Marzo de 1743, y sus restos, que primeramente estuvieron enterrados en la iglesia de San Miguel, yacen hoy en la Ermita de que nos ocupamos.

Entre los objetos pertenecientes a la Cofradía y dignos de citarse por su valor artístico, figuran una campanilla y una demanda. La primera data del año 1749 y la segunda del 1782. Ambas son de plata, primorosamente trabajadas.

La Institución de que nos ocupamos cuenta con numerosas indulgencias, que prueban su prestigio, encontrándose entre ellas una concedida por Su Santidad Pío VI, en 28 de Septiembre de 1776.

Esta Hermandad ha pasado por situaciones bastante apuradas, habiendo llegado hoy a su más alto grado de florecimiento, merced a los trabajos de cuantos la componen, y especialmente de su entusiasta mayordomo D. Fernando Fernández Gao.

Muy pobre es la pluma para describir el entusiasmo que reina en la ciudad cuando en las claras noches de la Semana Santa andaluza, perfumadas de estrellas y fe ardiente, recorre las calles la Cofradía que hizo célebre en toda España el Padre Luis Coloma, inolvidable jerezano, en su obra *Juan Miseria*.

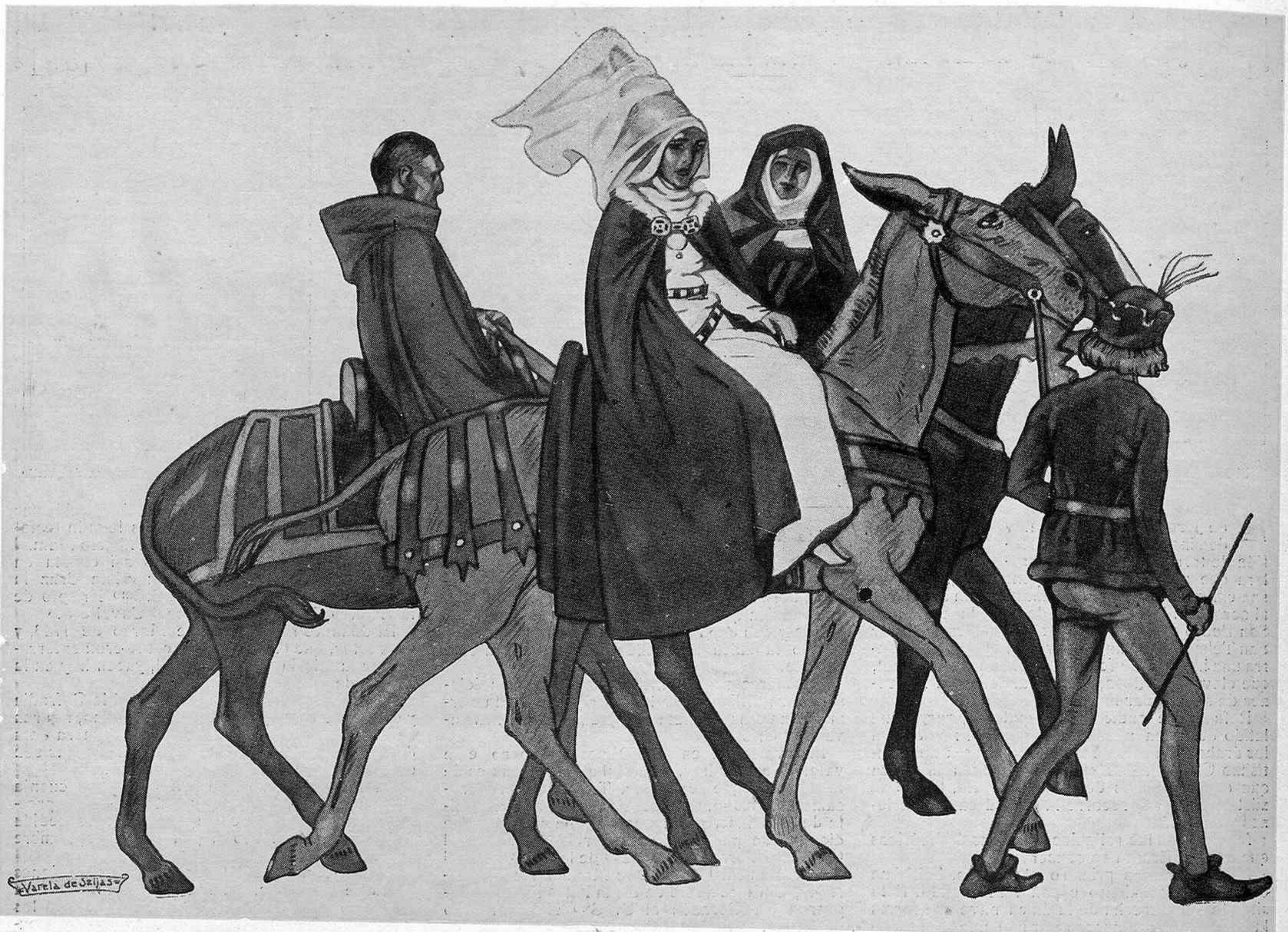
Entre las callejas llenas de misterios moros, bajo el dosel del cielo andaluz, que parece vibrar al son de la saetas con las que el pueblo reza y canta, entre miradas de fuego de mujeres toda pasión, cruza la Cofradía, despertando el entusiasmo. Va a la plaza de la Cárcel, donde los presos le cantan también; los que delinquieron, imploran perdón; los que no tuvieron la desgracia de caer, suplican fuerzas para ser siempre buenos, y sobre el pueblo, que ríe y llora como un niño, envueltos en la plata de los rayos de luna y la de la cruz que los sostiene, se abren, misericordiosos, los brazos del Cristo como una bendición de clemencia que promete perdón. Y en esta plaza fué donde el año de la Revolución, el 68, destruyeron las barricadas los mismos que las habían levantado para unirse a la procesión, la única que se atrevió a salir. Durante la reciente epidemia, por ser pequeña la Ermita, se llevó la imagen a la iglesia de San Miguel, con motivo de unos cultos, y habiéndose negado a ello las autoridades, por celebrarse un mitin el día en que debía salir, los mismos obreros pidieron el permiso, que al fin fué concedido.

Con esto creemos dados los suficientes detalles para que pueda comprenderse el entusiasmo, la fe que despierta el paso del Santísimo Cristo de la Expiración por las calles de Jerez, por las calles de esta ciudad de historia tan brillante, donde, sobre todas las cosas, se veneran dos nombres: el de Dios y el de España.

RAFAEL DE MORALES y ROMERO

Cuentos de
"LA ESFERA"

La Princesa que buscaba el amor



La princesa Constanza estaba segura. Al nacer habíalo pronosticado su hada madrina, y las hadas no se equivocan jamás. Sería feliz, como la más feliz de cuantas han gozado de dicha en la tierra, é inspiraría el amor más grande que pudiera soñar. Esto era indudable, y la princesa guardábase muy mucho de dudarlo. Pero los años pasaban, había dejado de ser niña, la juventud vistió de galas su hermosura, y el amor no venía á cumplir el lisonjero pronóstico. Algún momento, dando al traste con sus arraigadas convicciones, la princesa Constanza impacientábase, y el llanto escaldaba sus mejillas y enrojecía sus ojos, sus lindos ojos llamados á mustiarse tal vez sin que en ellos se mirara el doncel de sus sueños de color de rosa.

Corrían tiempos luctuosos, pero propicios al amor. Guerras crudelísimas asolaron el territorio luengos años. El padre de la princesa pereció en el campo de batalla, y su madre, al saber la triste nueva que la privaba del que fué su compañero, murió también. Quedó sola Constanza cuando alboreaba la edad de las ilusiones. Negras tocas cubrieron largo tiempo su rostro. Ni á los ventanales osaba asomarse, para no interrumpir el riguroso luto. Y así transcurrieron largos días, meses interminables, años que no acababan nunca.

Quando se dió por concluso el período luctuoso, la princesa Constanza era una mujer granada, en torno á cuyos ojos marcábase el cárdeno livor de las ansias de amor no satisfechas. Ningún pretendiente había llamado á sus puertas. Nadie, ni noble ni pechero, la requirió de amores. Quando se ásomaba á las ojivas, apenas lograba ver alma viviente. Inquirió la causa de aquella soledad medrosa en que parecía perderse el castillo roquero. Y fué que la población en masa había marchado á los Santos Lugares. Un religioso y un hombre de armas recorrieron

tierras reclutando prosélitos para el laudable fin. El sepulcro de Dios estaba en poder de los infieles, y había que rescatarlo. El Cielo bendecía á los que en tan noble empresa invirtiesen sus esfuerzos. La multitud, como un rebaño sumiso, marchaba en pos de los reclutadores, adornando cada cual su pecho con la emblemática cruz roja.

Las ciudades se despoblaban, los campos quedábanse sin cultivadores y los castillos sin menaderos. En la mansión de Constanza sólo permanecieron doña Aldonza, la dueña; Fray Juan, el confesor, y Nuño, el pajeillo que antaño sirvió de palafreñ en las solemnidades, y que, al sobrevenir la desbandada, prefirió quedarse al servicio de la princesa, rehuendo la tentación de correr mundo. Sus antepasados habían servido fielmente á los de Constanza desde muchas generaciones atrás. El sería fiel á la tradición de la familia.

Llegó un instante en que, viéndose tan aislada y sola, Constanza tuvo miedo. Y reuniendo á sus fieles acompañantes les confió un proyecto que venía madurando.

—He pensado—les dijo—que permanecer indefinidamente en el castillo de mis mayores, equivale á realizar un suicidio. Ya notamos dificultades para el avituallamiento, y dentro de poco no podremos subsistir. Además, yo estoy llamada á ser dichosa, y ya que la dicha no viene á mí, debo ir yo en su busca. ¿Hacia dónde? No lo sé. Las circunstancias marcarán mi camino. Si queréis acompañarme, juntos emprenderemos la expedición. Pero conste que á nada os obligo. El que prefiera quedarse, puede hacerlo, teniendo por suya esta mansión, que yo le cedo gustosa.

Fray Juan, el confesor, como persona más caracterizada, expuso sus opiniones, contrarias al proyecto de la princesa. Entendía él, con los debidos respetos, que no era tan desesperada la

situación á que habían llegado; que la dicha no se busca, sino que se encuentra, y, en fin, que parecíale temerario el propósito y poco probable su término feliz.

Doña Aldonza, la dueña, fué más explícita.

—¡Pero princesa de mis pecados, por Dios uno y trino, déjate de quimeras y ponte en la realidad! Ante todo, puntualicemos las cosas. Lo que tú buscas es el amor, sencillamente; que otra clase de felicidades te tienen por completo sin cuidado.

—Y aunque así fuese...

—Estás en tú derecho. No lo discuto. Pero, ¿piensas, acaso, que has de encontrar triscando por montes y vericuetos al galán de tus afanes? ¿No comprendes que, aun encontrándolo, ha de resultar poco honesto para ti y nada grato á los ojos de un hombre ver cómo le persigues con impudicia y descoco?

—Mal haría si tal pensase, porque yo no busco un hombre determinado, sino el amor, y en ello no caben incorrecciones.

—Muy sutiles distingos son esos... Por impúdica te tendrán los que te vean tan andariega. Y, esto aparte, ¿has pensado en la triste figura que haremos los cuatro por esos mundos de Dios, durmiendo en los mesones, como buhoneros, expuestos á perecer en una encrucijada á manos de malsines?

—Nada de eso me importa. Pero si quieres quedarte, puedes hacerlo. Y tú, Nuño, ¿qué dices? Te concedo el derecho de opinar.

—Os lo agradezco, pero no lo utilizo. Voy donde vayáis, sin discutirlo. Vuestra voluntad es la mía. Si hay sinsabores, los sufriré con paciencia. Si os veo en peligro, procuraré libraros de él. Si perezo en la demanda, lo tendré á orgullo.

La princesa agradeció con una sonrisa las rendidas razones del paje. Fray Juan y doña Aldonza, viendo tan plena sumisión, depusieron

Varela de Rojas

su actitud. Y, previos los menguados preparativos, un día emprendieron el extraño viaje, montados en sendas mulas, llevando por norte la ilusión y por compañera la Esperanza.

ooo

Y anduvieron luengos días, escalando montes y cruzando valles. La caravana desmembróse por el camino. Fué doña Aldonza la primera en claudicar. Después de una jornada penosa, llegados que fueron á mísera aldehuela, donde pernoctaron, la dueña se negó á proseguir.

—Así Dios me salve—exclamó, compungida— como que de aquí no he de moverme. Tengo las carnes laceradas, los pies tullidos, y ningún hueso me quiere bien. Muerte por muerte, prefiero la que venga sin molestarme tanto ni someterme á tan crueles torturas. Morir de hambre en un rincón es mil veces preferible á estas otras maneras de perecer á que constantemente nos vemos expuestos. Dejarme en este poblacho. Malo será que no encuentre en él doncella por quien velar, casa que regir ó puercos que guardar, en último extremo.

Accedió gustosa Constanza al deseo de su dueña, y prosiguieron la caminata, sin que el amor apareciese por parte alguna. Y llegados que fueron á un monasterio enclavado en apenas accesible montaña, Fray Juan, el confesor, habló contrito á la princesa.

—He tenido esta noche una revelación, induciéndome á buscar en el retiro del claustro la paz anhelada por el espíritu para aproximarse al Creador. Sin duda fué aviso providencial, toda vez que ahora vislumbramos esta santa casa. En ella pediré albergue, y si Dios es servido concediéndomelo, quedaré ahí hasta el término de mis días. No imaginéis que me impulsa el temor á las penalidades que hubiese de sufrir en vuestra compañía. Para demostraros que no es eso, os prometo no comer carne una vez al año durante un lustro, en honor á vuestro recuerdo y bierandanza.

La princesa despidióse de Fray Juan, reanudando después la caminata, sin que el amor apareciese por parte alguna. Ya no tenía más compañero que Nuño, que seguía fielmente á su señora, compartiendo sus entusiasmos, ó respetándolos cuando menos. Acaso algún instante flaquearon los ánimos de Constanza ante las repetidas defecciones, y viendo, sobre todo, la esterilidad de sus esfuerzos. Mas no quería mostrarse desanimada, temerosa de que Nuño, como los otros, la abandonase.

—Estoy segura de conseguir mi objeto—le decía—. ¿Tú me seguirás hasta donde haga falta?

—Aunque sea hasta el fin del mundo, señora.

Ella se confortaba con esta adhesión, cobrando ánimos para la interminable y estéril caminata. Hubo un momento de serio peligro, en que la

princesa temió por su vida. Marchaban de noche por abrupto sendero, lejos de todo poblado, cuando una tempestad formidable estalló, asoladora. Rasgábase el cielo al cárdeno resplandor de los relámpagos, desgajábanse los bosques á impulsos del aquilón, y el agua, cayendo á trombas, formaba aludes que arrastraban cuanto hallasen á su paso. Las cabalgaduras, ya maltrechas, negáronse á caminar, y hubo que abandonarlas. Los pies de la princesa hundíanse en los fangales, mientras sus vestidos, mojados por la lluvia, imposibilitaban sus movimientos. Tuvo que asirse al brazo de Nuño para no caer. Lograron al fin guarecerse bajo copudo árbol. Súbito, un trueno más espantoso que ninguno hendió los aires y una exhalación les abrasó el albergue que creyeron providencial y seguro. La princesa, rendida al peso de tantas emociones, cayó presa de un síncope.

ooo

Al volver en su acuerdo, hallóse en su camarín del castillo. Dijérase que todo había sido un sueño. Salió de su estancia y en el salón inmediato encontró al paje que, al verla, hizo un rendido saludo.

—Explicame... ¿Por qué estamos aquí ahora? ¿Fué realidad ó fantasía nuestro viaje?

—Fué realidad; y realidad pudo ser asimismo que terminase de trágica manera. Al veros sin



sentido, os tomé en mis brazos y luché con los elementos denodadamente para salvar vuestra vida. ¡Noche de espanto, cuyo recuerdo jamás ha de borrarse de mi memoria! Amainó el temporal cuando amanecía, y sólo entonces dejé mi carga para arrodillarme en gratitud al Altísimo. Y he aquí que al rasgarse el horizonte dando paso al nuevo día, vi en lontananza la silueta de este castillo, el nuestro, hacia el cual me encaminé sin demora. ¿Cómo vinimos á parar á él cuando yo creía encontrarme muy lejos? Lo ignoro. Indudablemente, sin darnos cuenta, recorrimos la comarca en forma circular, hasta volver al punto de partida. Y ahora, ordenad lo que haya de hacerse. Tengo dispuestos un corcel y una hacanea para emprender de nuevo la ruta... en pos de lo que buscáis.

Temblaba la voz del doncel. Constanza le contempló enternecida.

—¿Y si te dijese que ya satisface mi anhelo? ¿Que ya encontré el amor, y con él la dicha?

Y viendo que él no contestaba, y que, inclinando la frente, más parecía sentir pesadumbre que regocijo, prosiguió:

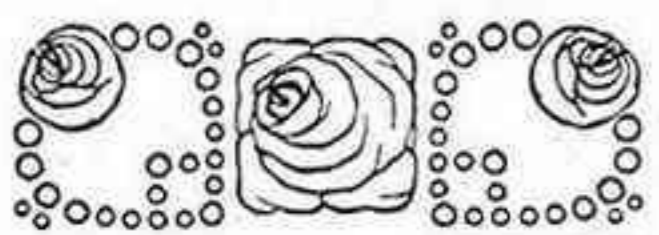
—Ven aquí. Dame tus manos. Mírame á los ojos... ¿No comprendes cuál es mi hallazgo? Tan ciega estuve que no lo ví hasta ahora... Iba en busca de lo que tenía cerca de mí. El amor, tú has de dármelo. La dicha, juntos la encontraremos. Que quien tan rendidamente se muestra conmigo, bien merece que yo le otorgue mi corazón en pago del suyo...

Nuño cayó de hinojos ante la princesa y le besó las manos. Y fueron felices, como los héroes de todos los cuentos.

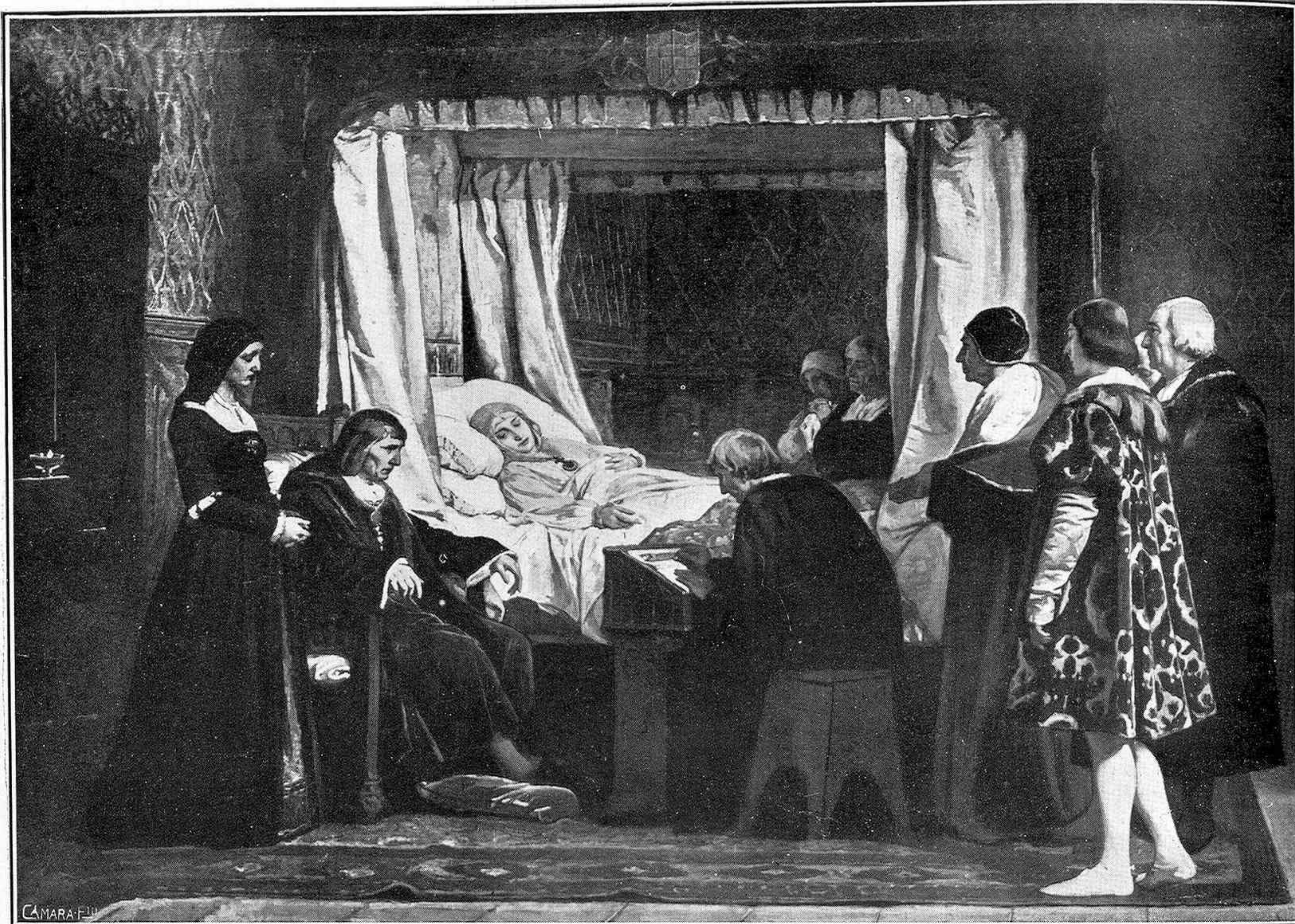
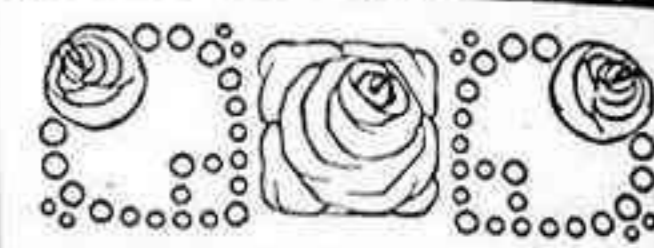
He aquí de qué modo la predicción del hada fué cumplida. Porque las hadas no se equivocan nunca cuando prometen la dicha á los mortales. Somos nosotros, que, ofuscados ó ciegos, nos negamos casi siempre á ver la Felicidad cuando pasa junto á nosotros y no extendemos la mano para sujetar su alba clámide y retenerla á fin de que no huya.

AUGUSTO MARTÍNEZ OLMEDILLA

DIBUJOS DE VARELA DE SEIJAS



EL AÑO VERDE



“El testamento de Isabel la Católica”, cuadro de Rosales

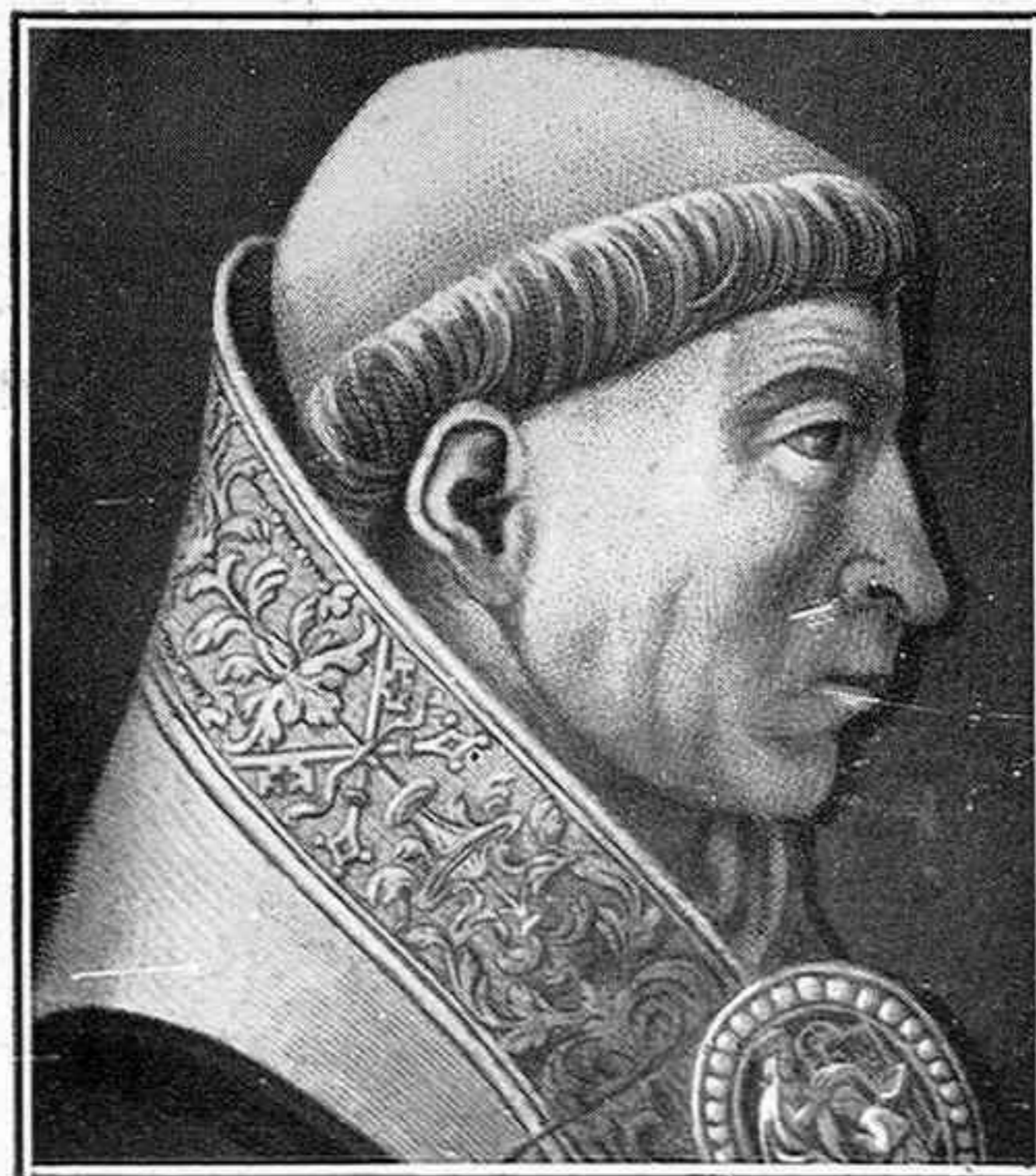
A l comienzo de aquel año, poco más de tres hacía que con la muerte de la Reina Católica Doña Isabel terminaba el reinado más glorioso que había tenido España. Su viudo, el Rey Don Fernando, había regresado de Nápoles en Julio, acompañado de su bellísima y segunda esposa Doña Germana de Foix. La Reina Doña Juana, después de más de quince meses transcurridos desde la inesperada muerte, en Burgos, de su esposo Don Felipe el Hermoso, aún no se había separado de su cadáver, teniendo todo aquel año en la iglesia de Arcos (Burgos), ocupando ella un palacio contiguo y en comunicación con el templo. El heredero del trono, Don Carlos (después emperador Carlos V), se hallaba en Malinas (Flandes), al cuidado de su tía Margarita, teniendo por ayo á D. Guillermo de Croy y por profesor á Adriano de Utrech.

Antes del regreso de Don Fernando hallábanse los nobles insubordinados y divididos en parcialidades; pero comenzó su segunda regencia con tal acierto y energía, ayudado por la prestigiosa autoridad del Cardenal Ximénez de Cisneros, que en los primeros meses del año que nos ocupa casi todos los nobles se le habían sometido; los más rebeldes, como el duque de Nájera, el marqués de Villena, el conde de Benavente, el conde de Lemos y D. Juan Manuel, gran privado del difunto Don Felipe, se fueron entregando durante aquel año, quedando en paz todo el Reino.

ooo

Las constantes relaciones políticas y comerciales con nuestros Estados de Flandes é Italia en aquella Era, de pujante prosperidad nacional, nos traían casi íntegras las producciones de los más afamados pintores. En Amberes,

Quintín Metsys pintaba en este año los cuadros para el trascoro de la Catedral de Palencia. Juan de Borgoña trabajaba en Toledo, con Francisco de Amberes y Juan de Villolio, el retablo de la capilla mozárabe, y diseminados en distintos templos de Castilla pintaban Fernando de Gallegos, Juan de Flandes, Melchor Alemán, Francisco Chacón, Pedro Aponte, Luis Medina, Alfonso Sánchez y Diego López, y como espe-



EL CARDENAL XIMÉNEZ DE CISNEROS

cialistas en vidriería, Pablo y Cristóbal Alemán.

Hacia algunos años que entre los artistas se comentaba la transformación realista que experimentaba el Arte en Italia, renaciendo el antiguo estilo helénico y romano, y era entre ellos sueño dorado el viaje á Italia para contemplar de cerca la evolución de los grandes pintores y escultores.

Los dos colosos del Arte, Leonardo de Vinci y Miguel Angel, se encontraban aquel año en Florencia haciendo, en manifiesto pugilato, la decoración de la Sala del Consejo. Rafael, el gran genio que había de ser la admiración de las generaciones venideras, se hallaba también en Florencia, y trabajaba en el estudio de Baccio d'Agnolo, en donde se reunían los mejores artistas de la ciudad: Rodolfo Ghirlandajo, íntimo de Rafael, Antonio Sangallo, Sansovino y Fray Bartolommeo. El gran Bellini, creador de la escuela veneciana, ya octogenario, descansaba en Venecia, y difundían su estilo sus discípulos Sebastián del Piombo, Palma el Viejo, Giorgione y Ticiano. Leonardo de Vinci tenía su estudio en Milán, y le reemplazaba en la dirección del taller Beltraffio, de familia noble y de más edad que los demás discípulos: Bernardino Luini, Melzi, Gaudencio Ferrari, el Sodoma y el Beccafumi. Alberto Durero, en Nuremberg, suavizaba su antigua dureza, influido por su larga estancia en Venecia.

ooo

Practicaban la escultura en España varios artistas lombardos y florentinos, llamados al país por prelados, magnates y prebendados, y se hallaban en aquel año: Felipe Vigarni, en Bur-

gos, labrando la sillería del coro; Domenico Fancelli terminando en Avila el magnífico mausoleo del Príncipe Juan, hijo único de los Reyes Católicos; Juan de Malinas en la Catedral de León, y Miguel Florentín, con Niculoso Francesco, en Sevilla.

De los españoles, Diego de Siloé, establecido en Granada, dirigía las obras de la Catedral; Alonso Covarrubias y Juan Picardo, trabajaban: éste, en Valladolid, y aquél en Guadalajara; Bartolomé Ordóñez, en Barcelona; Francisco Lara, Juan Arteaga y Francisco Vargas, en Toledo. Diego Morlanés vivía en Zaragoza con opulenta magnificencia, y reanudaba el trabajo del pórtico de Santa Engracia, inacabado por su padre, Juan, muerto el año anterior. Rodrigo Alemán tallaba el coro de la Catedral de Plasencia. En Italia se encontraban nuestros escultores Jorge Alemán, Pedro Millán, Pedro Valdevira, Damián Forment, Diego Velasco, Machuca, Tudelilla, Ancheta y nuestro gran Alonso Berruguete, formando la brillante pléyade que años después nos dejaban en todos los ámbitos de la Península gallardas muestras de su ingenio en retablos, sillerías, trascoros y estatuaria.

ooo

Con la incipiente afición al estudio, desarrollada con emulación entre los caballeros y damas de la Corte, se atildó de tal manera el lenguaje castellano y el gusto literario, que al llegar el año que bosquejamos España tenía puesto delante en la civilización europea.

De los numerosos profesores italianos que al final de la anterior centuria se habían hecho venir de Italia, foco entonces de tradiciones clásicas, aún quedaban entre nosotros Lucio Marinero, de Sicilia, y Pedro Mártir, de Angleria. Del sexo bello se destacaban, por su talento, doña Beatriz de Galindo (La Latina), D.^a Florencia Pinar, la marquesa de Monteagudo y D.^a María Pacheco. Pero el que se reconocía y admiraba como superior mentalidad era Antonio de Nebrija. Gramático y latinista consumado, desarrollaba con erudición sana y pura todas las ramas del saber humano. El bachiller Fernando de Rojas celebraba el éxito de su grandiosa y humana novela *La Celestina*, preciada joya literaria, inspirada en la vieja Trotaconventos del Arcipreste



FERNANDO "EL CATÓLICO"

Hita. Francisco Vargas, eminente jurisconsulto, fué nombrado en este año del Consejo Real de Castilla, y se le pasaban á informe los memoriales con la nota «Averigüelo Vargas». Difundían el perfeccionamiento cultural los escritores Francisco de Villalobos, médico; Fray Iñigo López de Mendoza, D. Diego López de Haro, Juan de Padilla (el Cartujano), Andrés Bernáldez, cura de los Palacios; Hernando del Pulgar, Juan Maldonado, gran latinista; Ario Barbosa, poeta, y Gonzalo de Ayora, cronista militar.

Empezaban á divulgarse los libros de Caballerías, y se conocían *Baladro del Sabio Merlin*, *Lanzarote del Lago*, *Tristán de Leonís* y *Tirante el Blanco*, y en aquel mismo año se hizo la primera edición de *Amadís de Gaula*. Entre los

plebeyos, eran populares las coplas de Mingo Revulgo, cruda sátira de la vida licenciosa de Enrique IV y su Corte.

ooo

Año memorable fué para la agricultura el de 1508, en que todo esto acontecía. De tal manera se mostró pródiga la Naturaleza con sus oportunas y abundantísimas lluvias, que se recogieron cosechas y riquezas cual jamás se habían conocido, en términos que, durante muchos años, el país le recordaba con grata memoria llamándole *El año verde*. La tranquilidad y alegría general que con tan fausto suceso se disfrutaban se completó con la desaparición de la *pestitencia* (fiebre malarial), que en el año anterior había diezmando los pueblos.

Presidía el Consejo Real de Castilla D. Garcilaso de la Vega (padre del poeta), y en Aragón era Justicia Mayor Juan de Lanuza III. Cataluña se regía con su democrático Consejo de Ciento, en el que estaban representados todos los oficios, y los Nobles no podían pertenecer á él sin antes renunciar á sus títulos y dignidades. Era arzobispo de Zaragoza D. Alfonso, hijo natural del Rey Don Fernando, quien tenía otras dos hijas naturales, monjas en Madrigal. Tuvo, además, otra, llamada Juana, que murió recién casada con D. Bernardino de Velasco, á quien elevó hasta el preeminente puesto de Gran Condestable.

La población de España era de unos nueve millones de habitantes, y los ingresos del Tesoro fueron dos mil setecientos millones de maravedís, equivalentes á noventa millones de reales. La fanega de trigo valía ocho reales; de cebada, cinco; un cántaro de vino, dos. Un buey costaba ciento veinte reales; una liebre ó una gallina, dos.

Esta era la situación feliz de nuestra Patria en el año de 1508, precursor del gran movimiento de las Comunidades de Castilla, y la Germania en Valencia; rebeliones de iguales fines, y que no se hubieran siquiera iniciado si el testamento de la Reina Doña Isabel la Católica se hubiera cumplido en todas sus partes.

MOISÉS DÍEZ

Palencia, 1.º Febrero.



"Doña Juana la Loca", cuadro de Pradilla

LA PARÁBOLA DEL SEDIENTO



Ardían bajo mis pies
las arenas del Desierto;
abrasaba las entrañas
de la tierra un sol de fuego,

y se perdía el camino
que marcó el triste cortejo
de una larga caravana
que pasó hace mucho tiempo.

¡Ni un oasis! Al brocal
de un antiguo pozo seco,
mis camellos alargaban
el flexible arco del cuello.

¡Oh, la nostalgia infinita
del agua, bajo aquel cielo
implacable, y el camino
entre arenales inmensos!

¡Oh, la infinita fatiga
que hacía encorvar mi cuerpo!

Al fin llegamos... Soñaba
la ciudad bajo el incendio
del crepúsculo. Una torre
se destacaba á lo lejos...

Ibas á llenar de agua
tu ánfora al pozo nuevo.
—Traigo el cansancio y la sed
biblica de los Desiertos.

¡Baja el ánfora, doncella;
baja el ánfora, te ruego!
Y tus manos acercaron
su borde al labio sediento.

Apagué mi sed, y tú,
aún no contenta con esto:
—Señor, también daré agua
á tus cansados camellos...

¡Oh, dulce y virgen Rebeca!
¡Cuántas veces te recuerdo
á través de los caminos
áridos de los Desiertos!

¡Dame de beber, Rebeca;
dame de beber de nuevo,
que mis ojos están tristes
porque ven mis pozos secos,

¡Y de tanta sed que tienen
se me mueren mis camellos!!...

Adolfo APONTE

ARTISTAS QUE TRIUNFAN

ESPERANZA IRIS



Retrato de Esperanza Iris, por Sorolla

ESPERANZA Iris, la bella tiple mejicana, se va... Y ante la marcha de la artista, LA ESFERA quiere rendirla un último tributo de admiración, que lo engazará, como un motivo más, en la diadema de sus triunfos en los escenarios españoles.

Nuestra página es como una síntesis gráfica de la campaña artística realizada por Esperanza Iris. Primero, la presentación en España con *La viuda alegre*, obra en que la notable tiple se reveló a nosotros como la intérprete ideal de la opereta, haciendo unir las almas del público en un cálido homenaje de admiración y galantería. Desde entonces, las jornadas de la Iris en Madrid fueron verdaderamente triunfales, y el público se rindió plenamente, fascinado a la magia de la artista, que supo encarnar con su arte *chic* todas las frivolidades de la opereta... Luego, la noche de la despedida en Madrid, cuando Esperanza Iris, queriendo ofrendar su admiración a la música española, ciñó su cuerpo armonioso con el mantoncillo de crespón, interpretando admirablemente *La verbena de la Paloma*, mientras el corazón del público palpaba intensamente con ritmos de arte y de emoción, producidos por aquellos compases cálidos, vibrantes y españolísticos... Y como nota culminante de su estancia en España, la figura de la Iris es trasladada al lienzo por Sorolla, el magno pintor de la luz y del color, que puso su arte al servicio de la gentilísima tiple. Este cuadro es el último de Sorolla.

Esperanza Iris en "La verbena de la Paloma" y en "La viuda alegre"

FOTS. CAMPÚA Y CALVACHE

LA PINTURA FLAMENCA



DANZA DE ALDEANOS

Cuadro de Pedro Brueghel, "el Viejo", que se conserva en la Galeria Imperial de Viena

FRAGMENTOS DE UNAS MEMORIAS

LA INICIACIÓN SENTIMENTAL

PERDONADME si más de una vez descubro en estas Memorias cierta intención moral que acaso os moleste. Yo querría convencerlos á todos, tal como yo lo estoy, de que el estado perfecto del hombre es la libertad, y de que el enemigo mayor de la libertad del hombre es la mujer. Voy á contaros mis aventuras. De vez en cuando las interrumpiré para dar un suspiro de satisfacción porque ya estoy en salvo, de vuelta de todas ellas. ¡Qué felicidad no verse tiranizado por el amor ni por los celos! ¡Qué dicha no sentir ni pasión ni ilusión!

Ante todo, padres discretos y previsores que amáis á vuestros hijos, acostumbradles desde muy niños á la idea de que la mujer no es un ser extraordinario que ha venido á la tierra en un rayo de luna. Dadles compañeras en sus juegos, si es imposible dárselas en su educación, y procurad que la comunidad de vida les familiarice y les iguale. Bien sé que siempre habrá entre unos y otros diferencias. ¿No recordáis el grito de aquel espectador de un mitin feminista que oía perorar á una elocuente amazona? «¡La hora de nuestro triunfo se aproxima! Llegarán los cargos públicos. Llegará el voto. Y entonces, ¿qué nos separará del hombre? ¡Una pequeña diferencia!» ¿No lo recordáis? Pues el espectador gritó: «¡Viva la pequeña diferencia!» Sí; existirá siempre esa pequeña diferencia que por un accidente, quizá fortuito, perpetúa nuestra especie. No podríamos suprimirla, ¡Dios nos libre!, sin detrimento de lo que en clase de Retórica era la fórmula y la clave: unidad, variedad y armonía. Todos, seguramente, suscribiríamos ese viva, lo cual no es obstáculo para que yo insista en pedir á los padres discretos que habitúen á sus hijos desde niños á familiarizarse con el sexo enemigo.

Hay peligros muy graves en mantener las distancias. Cuando la mujer aparece tarde en una imaginación, viene siempre con daño. Voy á empezar mis Memorias contando el primer caso, con lo cual ya se comprende que voy á hablar de un lejano recuerdo de infancia. Fué antes de los ocho años, antes de la edad en que Juan Jacobo Rousseau buscaba los azotes de mademoiselle Lamercier con el amanecer de la sensualidad. No había, pues, sensualidad, sino sentimiento agrandado y exaltado por la imaginación infantil.

Los niños aman. «Amor de niño, agua en cestillo», dice un refrán. Pero es refrán vulgarísimo y, más que vulgar, falso, inventado sin duda por alguna vieja lugareña que fracasó en sus gestiones casamenteras por culpa de un amor de niño.

Era Miércoles de Ceniza, lo recuerdo muy bien, y no teníamos colegio. Mi prima Luz me había convidado á comer, y yo esperaba la hora con ilusión, porque mi vida se deslizaba en un aislamiento sombrío y silencioso, sin madre, sin hermanas, sin el calor de la protección femenina que abre el carácter de los niños, como el calor de la madre abre á los polluelos el cascarón.

Dos años más que yo tenía la prima Luz, y me despreciaba olímpicamente. Ella estaba en una esfera superior, y no teníamos el mismo concepto del mundo ni la misma filosofía. Su mayor placer era anonadarme cuando iba á verla y presentar á mi admiración, una por una, todas las cosas asombrosas del gabinete, del tocador de mamá, las chucherías y *bibelots* esparcidos por mesas y tocadores. ¿Creeréis que aún ahora, después de tantos años, no se ha desvanecido cierta rencorosa admiración que tributaba yo entonces á mi prima Luz?

Pero aquel día no estaba ella sola. Comía en casa Carmen, la niña del segundo. Muy delgada, muy pálida, con los ojos negros, de aterciopelada dulzura, y unas pestañas demasiado largas, demasiado curvas, que dejaban caer sobre el rostro suaves reflejos azulados. ¡Cuánto habló mi admirable prima! ¡Cuántas historias estupendas nos contó, abusando de su calidad de niña de la casa! Carmen y yo protestábamos en silencio. En la mesa, cuando las advertencias de Luz y de su madre nos dejaban en paz, veía yo á Carmencita con los ojos bajos, mirando al plato, con más inquietud que encogimiento, y me daban ganas de ir á decirla:

—¿Cómo nos están fastidiando en esta casa! ¿Verdad? ¡Cómo nos aburrimos!

Luego, mi prima se vistió. Ibamos á la calle, á la pradera del Canal. Luz salió con un traje azul, lleno de adornos pomposos y tropicales. La

mamá, con un vestido de seda ensanchado dos veces. El papá, flamante y endomingado.

—Sube á casa, Carmen—dijo mi tía—. Que te vistan y vienes con nosotros.

Y la pobre Carmencita se puso colorada, porque ya iba *vestida* con aquel vestidito negro que era el mejor, el de los domingos.

—Pero, mamá, ¡si no tiene otro!—dijo Luz, compasiva.

—Pues que venga así.

Y así fué Carmencita, y á mí me pareció que iba mucho mejor que mi prima Luz y que todas las princesitas del mundo.

Necesito que mis lectores no se hayan olvidado de que fueron niños y sean capaces de sentir, por un momento, tal como sentían á los siete años. ¿Cómo, si no, voy á atreverme á contar las mil extravagancias que hice yo aquella tarde, movido por no sé qué impulso misterioso? Deja, pues, este capítulo aquí, lector grave. Estas son niñerías que no te interesan.

Miércoles de Ceniza. La turba vocinglera de máscaras corriendo Prado abajo; las calles llenas de gente, que sale á que la diviertan; un sol primaveral brindando en pleno invierno las delicias de Mayo, y el aire lleno de gritos en falsete, de cencerreos y trompetazos, que se acercan y se alejan como una tromba... Y yo, en la caravana de prima Luz, entre las amigas y amigos de la familia, andando dos ó tres veces el camino del Canal, saltando los guardacantones, los arriates, tirando de las mangas á los *pierrots* y de sus largas casacas á los caballeros de la Corte de Carlos IV, apedreando á los perros y á los guardias... ¿Qué locura me invadía?

Bien sabéis que hay pocos heroísmos que no vayan brindados á un corazón de mujer. Era Carmen, ni más menos que Carmen, quien me impulsaba á todas aquellas expansiones. Quería que me mirase, que me admirase, que se riera con mis gracias, que se interesara con mis hazañas, con mis saltos y mis actitudes. Llegué á pegar papirotazos en las narices postizas de algún dependiente disfrazado y á insultar á las máscaras zarrapastrosas. Todo para verla sonreír y para que me enviase una mirada de inteligencia á través de sus pestañas, tan espesas y tan curvas.

—Ese chiquillo—habla mi tía—tiene venas. Otros días no se mueve y hoy parece el demonio.

¡Un demonio! ¡Eso hubiera querido yo! ¡Asombrar á Carmen con lo más extraño y lo más estupendo! Que me viera echar llamas y volar. Ya que eso era imposible, andaba, saltaba y corría en todas las formas imaginables, y á los ojos de mi prima Luz quedé aquella tarde como un perfectísimo majadero.

Pero no era majadería. Era la explosión de una fuerza nueva que brotaba en mí inocentemente. Era la iniciación de mi destino sentimental. Para agradecerla á ella yo no podía derribar imperios ni conquistar mundos. Hacía lo que buenamente estaba á mis alcances, y lo cierto es que conseguí lo que, sin saberlo, me proponía, porque Carmen, muy seria siempre, humilde y modestita como la Cenicienta, como la *amiga pobre* de mi prima Luz, estuvo toda la tarde sonriéndome y aprobando con la mirada mis innumerables fantasías.

Volvímos ya de noche. Carmen y yo éramos amigos, y Luz nos miraba con un ceño muy fosco. Nos despedimos á la puerta de su casa, y aquella noche mis siete años debieron soñar algo, que hoy me figuro como un palacio ideal, de muros transparentes y de alfombra de pétalos de rosa, por cuyos jardines encantados paseábamos cogidos de la mano Carmen y yo. Y digo que así me lo figuro hoy, porque mi memoria no guarda de aquella época ningún recuerdo que no sea absolutamente puro.

Al domingo siguiente volví á casa de mi prima Luz. Toda la semana había estado esperando con esa impaciencia febril que ponen los muchachos en todos sus deseos. No había ido Carmen, pero yo no pregunté por ella, porque desde muy niños, los llamados á padecer por exceso de sensibilidad tenemos conciencia de que debemos guardar para nosotros emociones y sentimientos. Pasó el día, y Carmen no llegó. Ni llegó el domingo siguiente, ni volví á verla nunca más. Cada vez que salía de casa de mi prima bajaba las escaleras desolado, como si en un pequeño

Paraíso terrenal un pequeño Adán se viese separado de su pequeña Eva.

Y he aquí un amor de infancia que, aun muerto casi antes de nacer, tiene todavía calor bastante para animarse á través del tiempo y revivir en esta evocación. Yo me pregunto, ahora que puedo ver este episodio con calma y desde lejos: ¿Sufriría algo Carmencita? Estoy seguro de que no. Ni le dió importancia, ni en el caso más favorable á mis ilusiones significó más que una ligera contrariedad. En cambio, para mí, Carmencita fué un personaje de importancia decisiva, y su desaparición me afectó como una gran desgracia. Como volví á sumergirme en otro largo período de aislamiento, tantas vueltas le di con la imaginación á la figura de Carmencita, á su voz, á sus gestos y á sus melodiosas palabras, que ya no era una niña, sino un ser maravilloso y sobrenatural, dotado de las cualidades más contradictorias. Al decir con la imaginación debo advertir que esta facultad era en mí la predominante, lo cual ocurre con casi todos los muchachos, y en particular con los que luego han de ser capaces de recordar y consignar sus memorias lejanas. Con la imaginación asociaba á Carmencita á mis juegos y aun á mis estudios, y tengo idea de que, influido seguramente por alguna lectura, inventaba historias muy tristes para que ella y yo corriéramos juntos grandes peligros y sufriéramos lamentables desgracias.

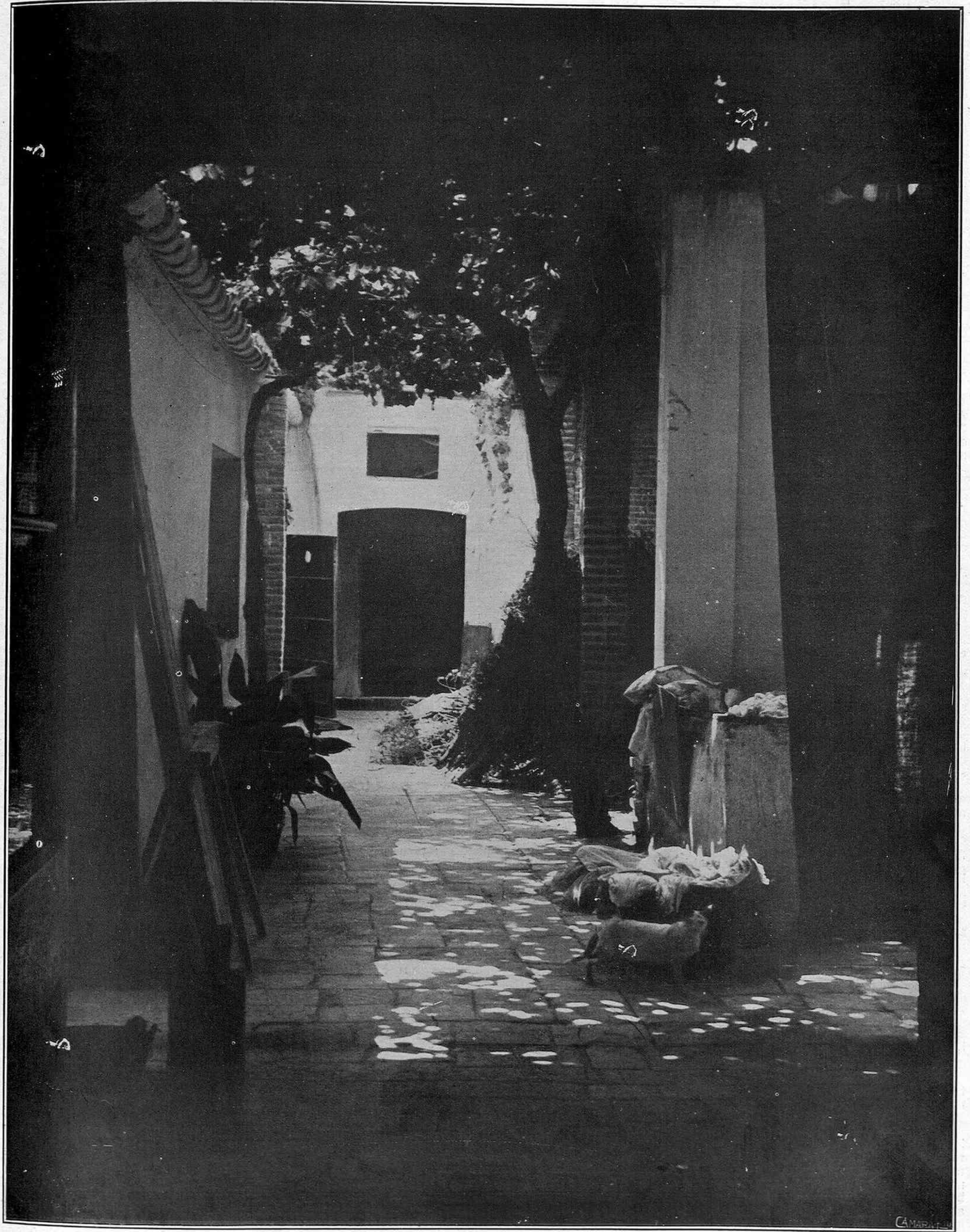
¿Cómo podrá figurarse Carmencita, si vive todavía, que ha sido eje y centro de un inocente amor imaginativo? He releído muchas veces, con el propósito de cotejarlas con mis recuerdos personales, las *Confesiones*, de Juan Jacobo, quizás lo único sincero que conozco en punto á revelaciones de los sentimientos infantiles. «¿Quién creará—dice—que ese castigo de niño, recibido á los ocho años por una joven de treinta, ha decidido de mis gustos, de mis deseos, de mis pasiones, de mí, para el resto de mi vida?...» Lo que llegó al temperamento precoz de Juan Jacobo fué la iniciación sensual. «Con la sangre ardiente de sensualidad, casi desde mi nacimiento me conservé puro de toda mancha hasta la edad en que se desarrollan los temperamentos más fríos y más tardíos. Al mismo tiempo que mis sentidos se despertaron, los deseos se dirigieron por tal camino, que limitándose á lo que habían experimentado no se cuidaron de buscar otra cosa. Atormentado largo tiempo, sin saber por qué, devoraba con ojos ardientes á las mujeres, y mi imaginación las reproducía luego sin cesar, únicamente para utilizar el recuerdo á mi manera, como hacía con mademoiselle Lamercier.» Así dice Rousseau que se conservó puro, aunque llevara ese placer extraño «hasta la depravación, hasta la locura». Una pureza tan relativa y tan acomodaticia no puede satisfacer sino á los filósofos que sean demasiado benévolos consigo mismos.

En estas Memorias puedo ser absolutamente sincero, ya que las escribo como una querrela continuada contra mí mismo. Por eso debo decir, puesto que es verdad, que mi iniciación no fué sensual, sino sentimental. Dormían aún los sentidos cuando me enamoré de Carmencita, y las imaginaciones no eran eróticas, sino puramente afectivas. ¡Tanto peor! No creáis que con esto trato de colocarme un peldaño por encima de Juan Jacobo. El hurraño ginebrino sintió, antes que nada, la obsesión de la mujer, y se servía de imágenes para satisfacer el ansia de lo desconocido. Podía librarse cuando lo desconocido dejara de serlo, y esto era bien fácil, puesto que había nacido en la Francia del siglo XVIII, donde todo podía faltar menos iniciadoras. Pero yo empecé fabricando un magnífico castillo en el aire, y declarándome esclavo de una figura ideal, que no necesitaba dejar de ser infantil para que yo sintiese por ella amor. Juan Jacobo era un hombre real, aunque bastante tímido. Yo era un iluso. ¡Adiós, Carmencita! ¡Pobre y modosa Carmencita! ¡Tú, por lo menos, no abusaste de mí! Pero todos aquellos disparates de una tarde de Carnaval no eran sino el principio modestísimo de una serie. Otras me han hecho ir de cabeza de un modo mucho más absurdo, y he dado tantas volteretas que ya no soy un hombre, sino un fantoche, y apenas si me reconozco autoridad para hablar en serio.

LUIS BELLO



LA FOTOGRAFÍA ARTÍSTICA



EL EMPARRADO

FOT. PEDRO CANO BARRANCO

BIENVENIDO



Los labriegos más mañaneros del pueblo tuvieron el hallazgo. En una cuneta del camino, al pie de un álamo, encontraron una criaturita. Estaba desnuda por completo y dormía sobre un pequeño lecho de hojarasca y paja. Mientras uno volvía para dar la noticia, los otros permanecieron en torno a la yacija humilde del abandonado. A poco se vio avanzar por el camino un gran gentío. Llegaban todos los vecinos, sorprendidos por el suceso, con el señor cura al frente. En torno al niño se formó un círculo de cabezas, inclinadas y curiosas.

—Es muy lindo—dijo una voz de mujer—. Seguramente no tendrá dos meses.

—¡Dos meses!—observó otra—Estoy cierta de que pasa de tres.

—¿Queréis callar?—reconvino una tercera—No hay madre que después de tener un hijo a su lado tanto tiempo lo abandone. De seguro que es un recién nacido.

Un hombre intervino.

—¿De quién será?—preguntó.

Todos se hicieron esa interrogación, y el deseo de contestarse les hizo cavilar. Callaron. No podía sospecharse de ninguna mujer del pueblo. Las de edad estaban casadas, y no había solteras púberes. El niño era fruto ajeno. Lo habría dejado algún ricacho de los contornos ó alguna señorona de la ciudad.

—Mi abuela me contaba—dijo una anciana—que otra vez abandonaron un niño, y junto á él una carta y mucho dinero.

—En mi pueblo—aseveró otra de la misma edad—encontramos una criatura y un bolsón repleto de oro para quien la prohijsara.

El grupo se diseminó. Los zagales subían á los robles, á las encinas y chopos cercanos y sacudían fuertemente las ramas. Las mujeres rebuscaban en las matas, entre los brezos. Los hombres husmeaban la tierra y, donde creían verla removida, abrían fosas con unos cuantos azadonazos. Lentamente, remisos, fueron agrupándose junto al niño.

—No tiene nada—murmuraban.

Y según iban llegando se oía la misma expresión de desaliento:

—No tiene nada. No tiene nada...

Tampoco había que pensar en ricachos ni en señoronas. Habría sido abandonado por una tribu de gitanos ó una caravana nómada. Pero, de todos modos, era lindo y robusto.

Rebullió un poco el niño; abrió los ojos, extendió sus brazos en demanda de amparo y, al no hallarlo, rompió á llorar.

—Tiene hambre—afirmó alguien.

Esto les hizo dirigirse otra pregunta: «¿Quién habría de criarlo?» En el pueblo existía una superabundancia de maternidad; todas las casadas tenían niños de pecho. Precisamente por eso ninguna quería tomar una nueva carga. Falta-ban el matrimonio estéril ó el matrimonio donde se notase el vacío del unigénito muerto. Unas mujeres, porque sus hijos estaban flacuchos y no habían de quitarles nutrición; otras, porque sus hijos estaban robustos y no había de malograrse tanta lozanía, negáronse á sustentar al intruso.

Echábanse el peso unas á otras, y lo rechazaban con excusas y enfados. El señor cura se alzó en cólera contra ellas.

—¡No merecáis que Dios os diera la bendición de vuestros pechos fecundos! ¡Castigo para todas vosotras, para vuestra prole, si dejáis morir á este ángel!

Los hombres, más conciliadores, parecieron amansarse. Cada cual dirigió á su mujer una reconvención.

—¡Vamos, da lo que te piden!

Se revolvieron, furiosas.

—¡Como vosotros no los ponéis en el mundo! ¡Como vosotros no sufrís criándolos!

El señor cura insistió, suplicante:

—Hacedlo, por amor de Dios. Yo os perdono desde ahora todos vuestros pecados, y los que podáis cometer, mientras dure esa obra misericordiosa.

Se allanaron, por fin. Una cualquiera cogió el niño. Todos juntos volvieron al pueblo y entraron en las casas, llenas de egoísmo, donde ya se notaba el peso de una nueva boca que nutrir y de un nuevo cuerpo á que dar abrigo.

El señor cura, cuando unos días después bautizó al niño, le puso el nombre de Bienvenido. Nadie se cuidó de darle apellido. Era el hijo de todos y el hijo de nadie. En cada casa le tenían un día y una noche. Las mujeres se lo traspasaban como una carga. Lo daban con chanza y alegría y lo recibían con reniegos y mal talante. Todas las ubres del pueblo lo nutrieron á disgusto y con escasez. Mas, á pesar de ello, estaba siempre rollizo y sano, sin contaminarse de las enfermedades que padecían otros niños de hogares por donde él pasaba. Dejábanle sentado sobre alguna esterilla y estaba horas y horas plácido y quieto, sin un llanto. Aprendió á caminar, arrastrándose por corrales y patios. Cuando creció, siguió comiendo cada día las sobras de una mesa distinta, y se vistió con los trajes desechados por los demás chiquillos. En la escuela aprendía las cosas antes que todos y mejor que todos. Sus compañeros le trataron con el despego aprendido de sus padres. Muchas veces se reunían en grupos para golpearle.

—¡Vete del pueblo! ¡Tú no tienes nada!—le decían.

Los mayores, las madres y los padres, también le negaban su cariño. El maestro, cuando le veía plañer, sin atreverse á dar al aire sus quejas, le acariciaba compasivamente.

—¡Infeliz! A mí no me hacen caso de lo que les digo, y tú no tienes quien te defienda.

El señor cura, si le encontraba por la calle, ó rezando en la iglesia, solía decirle lleno de bondad:

—Sé bueno, criatura de Dios; sé bueno, ya que no tienes á nadie en el mundo.

Tanto escuchó esa afirmación, amorosa unas veces, insultante otras, que se habituó á ella y á la realidad sin ninguna pena.

—Puesto que no tengo nada, ni origen—pensó un día, ya de mozo—, quiero vivir siempre igual. Es mi destino.

Como era útil, le obligaron á trabajar. En ve-

rano les ayudaba en la siega y en la trilla. Ninguno lograba seguirle abriendo claros en los trigales con la hoz, ni sabía guiar con mejor aire la yunta en la era. Jugaban con él, en las alegres faenas de la parva, los chiquillos pelirrojos y retostados del pueblo, y luego se rodeaba de todos ellos para deleitarlos con algún cuento encantado. En invierno le hacían arreglar los caminos y abrir sendas entre la nieve. Apenas le dejaban libre, se iba á la orilla del río ó subía á lo alto de una colina, y desde estos lugares contemplaba el juego de las aguas ó la belleza de un atardecer. En las noches estivales dormía en las eras. Tumbábase en el suelo, cara al cielo, con las manos cruzadas, como una almohada, tras su cabeza, y miraba sin fatigarse el firmamento bordado por las constelaciones y la Vía Láctea, hasta que sus párpados se cerraban como si sobre ellos hubieran caído dos estrellas. Si alguna tormenta descargaba sobre el pueblo, lanzábase al campo, corría sin descanso bajo los truenos, bajo el agua, bajo el viento, y volvía con el cuerpo y los largos cabellos húmedos, dichoso, palpitante y ebrio de aquel azote violento y sensual de la Naturaleza. Caminaba por todos los lugares; saltaba hitos, empalizadas, cercas. Los campesinos dejábanle hacer. Nada robaba ni nada quería. Sólo de los árboles mejores cogía los frutos más sabrosos y maduros, sin otra avaricia que la de vivir.

Pero llegó un día en que su corazón sintió anhelo de tener algo. Fué un día en que en la superficie del río, y en la lejanía del horizonte, y en lo alto del cielo, entre las estrellas, se le apareció la cara de la moza más buena, más hermosa y más humilde del pueblo.

—Es tan pobre como yo—pensó Bienvenido—. Tiene padres viejos, muchos hermanos y pocos bienes. Me casaré con ella.

Se lo dijo, apenas la encontró. La moza no le quiso llenar el alma de alegría.

—Yo también te quiero—contestó—, pero necesito que mis padres sean consentidores. Vuelve mañana.

Volvió. Resignada y sumisa, le participó la negativa.

—No me dejan. Dicen que no pueden darme dote, y que tú no tienes nada, y que cómo vamos á vivir.

—Pero, ¿tú me quieres?

—Sí, pero mis padres no lo consienten y yo les obedezco.

Se marchó, rota la esperanza primera y única de su vida.

—Viviré con la ilusión—se dijo—. La creeré mía, soñaré con ella, la llamaré con dulces nombres y nadie podrá privarme de ese goce.

En el pueblo, los vecinos se burlaron de sus ambiciones y de su fracaso.

—Zagal: ¿has querido tener mujer?—le preguntaban—No te pedía poco el cuerpo.

Bienvenido no sentía humillación ni pena por esas chanzas. Vivía en una pura contemplación y en una pura soledad, y á ellas se volvió con sus recuerdos. Poco después, la moza tuvo por novio á un gañán rudo y fornido. Pero también

poco después la moza enfermó y cada día se fué alejando más de la tierra. Bienvenido sentábase en la entrada del pueblo para ver llegar y salir al médico, que venía á caballo de un lugar cercano. Por las noches, frente á la ventana del cuarto de la enferma, quedábase quieto y como en éxtasis. Hasta que una noche vió llegar el Santo Viático y á la otra mañana vió sacar el blanco ataúd, camino del Camposanto. Fué detrás de todos y sobre la tierra blanda dejó sus lágrimas. Desde entonces, cuidaba la fosa abandonada. Iban á cubrirla los bajos y las ortigas, como á tantas otras, pero él las separaba y ponía matas de flores silvestres. El pueblo conoció pronto esos cuidados. El domingo, en la taberna, los mozos se acercaron al novio de la muerta.

—¿No sabes lo que pasa? Bienvenido arregla la tumba de tu novia, como si á él le perteneciese más que á ti. Tú elegirás entre consentirlo ó llamarle nuestro amigo.

Luego le dijeron que eso era ponerle en mal lugar, y hacerle pasar por una cosa que tenía nombre infamante, y hasta le dijeron ese nombre. El jayán se embraveció y fuese en busca de Bienvenido.

—Como vuelvas á ir al Cementerio á lo que vas, te aplasto—amenazó—. ¿Quién eres tú para cuidar de la tumba de mi novia? ¿Qué derecho tienes?

Bienvenido tornó una vez más á su contemplación y á su soledad, sin que le turbaran las nuevas chacotas del pueblo. Pero al cabo de escaso tiempo, supo que su enemigo tenía novia y se casaba. Entonces conoció la ira y la cólera.

—¡Aún no se ha secado la tierra, y la olvida! Eso es demostrar que no mereció ni siquiera el recuerdo, ni siquiera la fidelidad. Yo no tengo derecho á matarle, pero veré á sus padres y á sus hermanos, les diré lo que han de hacer, les pediré que me dejen hacerlo en su lugar.

Fué á buscarlos. Sentados en torno á la lumbre halló á los padres, junto con sus hijos y con sus hijas, acompañadas de sus novios.

—¿Sabéis que se casa el que fué novio de vuestra hija y de vuestra hermana?—preguntó.

—¡Claro que sí! ¿Has venido corriendo para darnos esa noticia?

—No. He venido para deciros que debéis pedirle cuentas y castigarle. ¿No veis que ultraja con el olvido la memoria de la muerta? ¿No veis que la desprecia? ¿No veis que nunca la quiso?

Le miraron estupefactos. Al cabo, le contestó el padre, mascando el cigarro y las palabras.

—Mira, zagal, tú has sido siempre un bobo. ¿Te figuras que ese mozo puede estar papando el aire? Eso, para ti, que eres un enclenque; pero él es fuerte como un toro y el cuerpo le pide casorio.

Rió, estrepitosamente. Los hijos y los novios, con la lascivia á flor de piel, rieron; las hijas, mansas bestias de labor y maternidad, también rieron.

—¡Brutos, brutos!—clamaba Bienvenido al alejarse de aquella casa—¡No la merecáis, ni yo tampoco, ni nadie! Por eso se ha ido con los ángeles.

Luego, serenándose, pensó:

—El bien no está en la tierra. Nada importa que á mí nadie me quiera, porque á nadie tengo; pero cuando los padres se olvidan de los hijos, es que el bien no está en la tierra. Será preciso hacer mejores á los seres y al mundo.

Volvió á cuidar la sepultura donde yacían sus ilusiones. Lo supieron enseguida los vecinos, pero ninguno trató de impedirlo. En la taberna, los mozos hablaron mal del consentido que adornaba la tumba de la novia del otro, mientras el otro se solazaba con un nuevo cortejo. Sonó el nombre infamante, y Bienvenido lo oyó, dicho á gritos en la calle, por las esquinas, desde de-

trás de las puertas, cuando él pasaba. No le importó el insulto, no pudo molestarle ni atravesar la zona de abstracción en que vivía. En tanto los demás le injuriaban, buscó ávidamente en los libros el secreto de la virtud y del sumo bien. Leyó todos los que le dejó el maestro, se abismó en la pequeña biblioteca del señor cura, sin hallar lo que deseaba, hasta que cayó en sus manos un libro nuevo, llegado al pueblo no se sabía cómo, abandonado por algún viajero, perdido en un rincón ó aparecido de pronto. Allí estaba el secreto. Durante muchas semanas lo leyó y relejó. Pasaba de sus páginas á las del Evangelio y de las del Evangelio á las del libro. Un día anunció á los vecinos que el domingo, después de misa, quería hablarles. Frente á la iglesia, subido en unas piedras, se vió rodeado por el pueblo entero.

—Os he llamado para devolveros la virtud y la dicha—les dijo—. Habéis tenido la desgracia de hallaros al nacer con una herencia pesada. Vuestros antepasados no quisieron legaros la felicidad. Os dieron bienes, os despertaron la ambición, y estáis sujetos por ella. No sois dueños de vosotros mismos. Cuando viene un mal año, gemís por lo que habéis perdido; cuando el año es bueno, el dinero que os sobra lo guardáis con



mil temores. ¡Siempre trabajando, siempre fatigándoos para ser más que vuestros vecinos, para tener campos mayores! Y si lo conseguís, las nuevas tierras aumentan vuestras cavilaciones y vuestros quebrantos: son más espigas en que puede caer granizo y más sembrados que las aguas del río pueden arrasar. Sois esclavos de lo que creéis ser dueños. Dadlo todo, para redimiros; libráos de vuestras cargas.

Por el grupo de oyentes corrió un murmullo y un estremecimiento. Los ojos estaban adustos y zahareños los semblantes.

—Dadlo todo para ser dueños de todo—siguió Bienvenido—. Ahora entráis en vuestros pomares, en vuestros huertos y decís: «Esto es mío.» Pero un poco más allá hay una empalizada y tras ella ya no podréis decir: «Esto es mío», porque es de otro, y quizás de vuestro enemigo. Pues bien: dejáos de sentiros dueños de pequeñas cosas; abandonad lo que poseéis, y entonces los pomares, los huertos, los montes, los bosques y los ríos de la Tierra os pertenecerán. Por todos los lugares podréis caminar pensando que son vuestros, y vuestros serán, en efecto. Para vosotros tendrá agua clara el arroyo, sombra y fruto el árbol. No os afanéis, no os llenéis de codicia. «No queráis amontonar tesoros en la Tierra donde el orín y la polilla los consumen», ha dicho el Señor. «Mirad las aves del Cielo como no siembran, ni siegan, ni tienen granero, y nuestro Padre Celestial las alimenta.» Volved á la dicha y á la virtud; dadlo todo, para poseerlo todo...

Una voz iracunda rompió el estupor del grupo: —¡Ladrón!... ¡Quieres embaucarnos para quedarte con lo nuestro, tú que nada tienes!

Se alzaron, amenazadores, cien brazos.

—¡Ladrón, haragán, infame!

Un pedrusco desconchó la pared á dos dedos de su cabeza. Otros dieron más cerca; otros le golpearon de lleno en la cara y en el pecho. El pueblo entero, con las gallatas y varas en alto, se le abalanza. Dió un brinco y huyó, perseguido por la turba. Los chiquillos le apedreaban de lejos; las mujeres le apostrofaban; los ancianos agachábanse en busca de guijarros que lanzarle con sus fuerzas escasas. Zumbaban en sus oídos las piedras y los denuestos.

—¡Ingrato, mal nacido, intruso!

—¡Más nos valiera haberte dejado morir como un perro cuando te hallamos!

—¡Vuelve con tu madre, si la tuviste, y con tu padre, si puedes hallarlo entre todos los hombres del mundo!

Corrió, corrió mucho. Le alcanzaron, al fin, y maceró su cuerpo la furia de la plebe. Le dejaron como muerto. Algunos, insaciables, se volvían para descargar su ira en el cuerpo rendido. Allí permaneció día y noche, hasta que el rocío de la alborada cayó sobre sus heridas y sobre la sangre que le cubría el rostro. Volvió en sí y reposó.

Lavó sus heridas con agua de un riachuelo—parte de su tesoro universal de universal desheredado—, y cuando pudo andar llegó hasta el Camposanto. Puso en la tierra que cubría sus ilusiones semillas de muchas flores, de muchas hierbas aromáticas, y echó á andar, camino adelante. La nueva aurora sacaba al pueblo de entre las sombras. Bienvenido le miró desde lejos.

—La bondad no es para ti—dijo—, no la mereces. Pero ya habrá sobre la Tierra otro lugar digno de ella.

Siguió su marcha. De vez en vez se volvía para contemplar el pueblo, que iba dejando de tener planos y masas. Al fin lo vió recortado en el horizonte, igual á una silueta oscura. Luego, no lo vió. Pero enseguida apareció ante sus ojos, pegado en el horizonte, otro pueblo que adquirió planos y masas á medida que se acercaba. Entró

en él. Iguales gentes, iguales luchas, iguales miserias. Tampoco merecía la felicidad. Así, caminando siempre, conoció pueblos y pueblos, enormes ciudades, países donde hablaban idiomas que no entendía. Pero en ninguno de esos lugares querían escuchar su voz. Le brotó por la cara enorme barba rubia; luego le salieron en ella hilos blancos, y luego se le tornó toda blanca y muy larga. Los años quisieron ir con él; se metían en su zurrón y con su peso le doblaban la espalda. Caminaba, caminaba siempre, en busca del rincón generoso y romántico. Cuando sentía necesidad de algo, llamaba en las puertas cerradas.

—Dadme alimento y vestido—pedía gravemente, sin implorar—. Ni el dinero de vuestro bolsillo, ni el pan de vuestra alacena, ni el lino de vuestro ropero son vuestros, mientras yo y tantos como yo no tengamos nada. Y dad gracias á Dios porque ha hecho que á vuestra puerta llame un pobre.

En algunos lugares se compadecían de él como de un loco pacífico; en otros, le azuzaban los mastines; en otros, le encerraban en calabozos. Había quienes, viéndole tan viejo como los viejos de leyenda, le tomaban por Ahseverus, que llegaba siguiendo su ruta inacabable. Hasta que un día, los labriegos más mañaneros de un pueblo le hallaron tendido en la cuneta de un camino, con la cabeza apoyada en el zurrón y los ojos mirando al cielo, á donde le había llevado la Muerte, la única que salió á su encuentro y le quiso, á pesar de no tener nada.

JOAQUÍN ADÁN

DIBUJOS DE PENAGOS

UN RINCÓN DE ESPAÑA (FRAGMENTOS DE UNA CARTA)



El crucero de las Pizarrillas, en Galaroza AGUAFUERTE DE MARCIAL MUÑIZ

M querida amiga: Ya que es tan piadosa que quiere noticias de mi existencia, no debo ocultarle mis sentimientos. Vivo aquí, aquí... ¿Le parece absurdo? Pues sepa que estoy á gusto. Con una dulce insensibilidad pasan las horas, y cuando el viejo cartero me trae una carta ó cualquier periódico, pareceme que despierto de un sueño de paz para sumergirme de nuevo en el negro mar de mis extintas pasiones. «Se puede ser feliz sin ser amado.» Ahora comprendo la razón que asistía á usted cuando aseguraba esto, y me arrepiento de haberla juzgado mal cuando la oía. Ciertamente, se puede ser feliz sin que nos amen, pero se es muy desgraciado sin amar. ¿Verdad...?

Pero hablemos de mi retiro: del sanatorio espiritual que la casualidad me ha deparado, y que no son otros que un pueblo silencioso y triste y una casa mísera, ruinosa, cubierta de salvajes hierbas, que crecen en sus muros y por ellos suben hasta la tosca ventana de mi original despacho. Crecen como el dolor y ascienden, como la tristeza, del corazón al cerebro... ¡Sentir!... ¡Luego, pensar!...

¿Se va usted á reír si le digo que ahora estoy leyendo *Manón Lescaut*? Es uno de los libros que aquí he traído en unión del *Kempis*, las obras de Bécquer, las poesías de Espronceda y algunos más. No me falta tampoco el amable y seductor Heine, con su filosófica y sentimental grandeza. Era el poeta que más leíamos mi amada y yo, cuando tenía amada y creía en sus ternuras y en su cariño... Pero no hablemos de «aquello». ¿Para qué? No despertemos al dolor, que tiene el sueño ligero...

Levántome temprano, y enseguida me pongo á escribir... Luego, desayuno, y después paseo; y como da la coincidencia de que el que más atractivos posee es el que conduce al Cementerio

del lugar, allá dirijo mis pasos todas las tardes. ¡El Cementerio del pueblo!... Amiga y señora mía. Merece la pena que hablemos de él. No le separa del mundo de los que creen vivir más que una pequeña tapia, en cuyo centro se abre una estrecha puerta, coronada por una cruz de madera. Es pobre, insignificante, y hállase descuidadísimo; pero la impresión que se experimenta al entrar en él es indefinible. Se trata de algo majestuoso y sencillo, vulgar y grande...

Allí, sentado sobre una rústica peña, medito sin cesar, y allí pienso, y allí siento, y allí recuerdo, y allí me paso horas y horas sin decidirme á dejar aquel sitio de hondo y verdadero recogimiento. Y, ¡cosa extraña!, ni la más leve aflicción empaña el cristal de mis sentimientos. Antes al contrario: el alma adquiere en los lugares aquellos una ligereza nunca gozada y una halagüeña y gratísima resignación. ¡Sueños insensatos, locos anhelos de grandeza, vanidades nunca satisfechas, enconadas pasiones!... Todo desaparece de mí, que me creo otro, y oigo como un acariciador murmullo la sonora esquila de la vieja iglesia. Y á veces, cuando el anciano cura de la aldea pasa frente á mí, saludándome con su paternal «Dios le guarde», no sé lo que me sucede, que me asalta un pueril anhelo de besar su mano y pedir su bendición, que me haría más feliz aún... Porque el tránsito es visible. Soy místico, amiga mía. Mejor dicho: yo quiero ser místico.

¿Recuerda usted la frecuencia con que me decía que yo estaba loco?... ¡Pobre locura la mía, que así me ha conducido á llorar á este rincón mis exaltaciones! Si es estarlo creer en la gloria, en el amor, en la virtud, en la pureza y en todas las cualidades que nos hacen dignos de la inmortalidad, seguramente lo estaba. Ya no lo dudo. Y es más: en ocasiones desearía tener las mis-

mas insensateces, porque ya no creo ni quiero creer en nada. La imagen de la muerte, esplendorosa y radiante antaño, aquí se oscurece y nubla. Antes, cuando lleno de ambición iba por el mundo, yo soñaba con una caída de gladiador, luchando en la plaza pública, esgrimiendo mis ideas con la gallardía más artística. La eternidad era para mí un pomposo mausoleo, con muchos mármoles é inscripciones, nombres y fechas, coronas de siemprevivas, lazos y guirnaldas fúnebres. Quería legar mis recuerdos á los que me sobrevivieran y dejar una amorosa memoria en el corazón de la que yo amaba. En el noble romanticismo que inspiraba mi existencia, aquel amor era el Dios al que rendía el culto de mi gigantesco y doloroso cariño. Una muerte así, blanca, estatuaría, magnífica, un poco ruidosa y algo llena de artificio... ¡Ay, amiga mía! Cuando se quiere como yo quise, si que se está loco. Se hace del no ser un cómplice de nuestro afán de ser gratos y estimables, y hasta la muerte adquiere algo nupcial, ligeramente aflictivo, pero idealista y enternecedor.

Pero después, cuando cae la nieve, y en ese invierno de nuestra alma que nos entumece todo se petrifica, hiela y sucumbe, ¿qué importa nada?

Ni cruces, ni inscripciones; nada de sauces ni de tilos elegiacos. La muerte, pero la muerte verdad, que no deja recuerdo, ni dolor, ni pesadumbre, ni cosa que se parezca á la vida. La muerte como yo la siento aquí: sueño eterno que se duerme para no despertar nunca ni en la memoria ni en el corazón de nadie...

Adiós, amiga mía. Perdóname á su antiguo conocido estos líricos desahogos, y mándeme como guste. Si ve usted á ella, dígame... Pero no. Se alegraría de mis sufrimientos...»

JUAN LÓPEZ NÚÑEZ

HORAS MADRILEÑAS
LA DEL ESTRENO

Al caer el telón estalló una salva de aplausos, que partía principalmente de la parte baja del teatro: del patio de butacas y de los palcos.

En las galerías altas algunas voces clamaron, roncadas:

—¡El autor!... ¡El autor!...

Volvió á alzarse la cortina, lucieron las luces de la batería, y sobre el escenario aparecieron de nuevo los comediantes, formados en rueda, saludando sonrientes y ceremoniosos.

—¡El autor!... ¡El autor!...—volvieron á gritar desde las galerías, y los aplausos insistieron más débiles...

La primera actriz cruzó la escena y se dirigió ligera hacia la primera caja de bastidores. Se hizo entonces un gran silencio. Como la actriz tardara en salir, el primer actor fué en su busca.

Y á poco ambos reaparecían en escena, haciendo esfuerzos desesperados para sacar algo de la puerta fingida que limitaba por aquel lado la decoración.

Se vió primero aparecer una mano crispada; luego, un puño de camisa desabotonado; después, un brazo de negra manga, y, por último, salió un hombre lívido, con los ojos espantados, temblando las piernas y agachando la cabeza en saludos maquinales, inconscientes...

El hombre barrigudo, pequeñito y calvo, que acababa de aparecer era el autor de la comedia cuyo segundo acto se aplaudía...

Intensificáronse las palmadas y el autor aumentó en nerviosidad sus movimientos de cabeza, pugnando al mismo tiempo por desasirse de los cómicos y escapar...

Su figura grotesca, sus saludos nerviosos, contrastaban ridículamente con el aplomo y las correctas reverencias que hacían los cómicos...

Otra vez cayó y volvió á alzarse el telón. Al fin, el autor de la comedia pudo escapar al suplicio, y zafándose de la actriz, que le empujaba hacia delante mostrándolo como un pájaro raro, salió corriendo hacia los bastidores, no sin antes tropezar con una silla, que cayó armando gran estrépito...

El público coreó con una carcajada el incidente, y el telón cayó á plomo, ya sin nuevos aplausos...

En el patio de butacas se inició un gran revuelo. Todo el mundo se alzaba de sus asientos. Los hombres se dirigían á las puertas, hacia el vestíbulo, para fumar... Las damas, escotadas, que eran como vivas flores en las barandillas de los proscenios, desaparecían tras las cortinas de los antepalcos... Se escuchó el pregón de los vendedores de periódicos y golosinas...

Bajo los arcos voltaicos del vestíbulo había una confusión de

trajes negros, de tersas pecheras blanquísimas.

—Es interesante, ¿verdad?—preguntaba un señor grueso, de *smoking*, á otro señor anciano pulcramente vestido.

—Sí—contestaba éste—. Sobre todo es una comedia honradamente hecha. Entretiene y no es para asustarse.

Ante un corro, un crítico influyente, de rostro verdoso y ademanes violentos, peroraba.

—Verdaderamente, no hay derecho á hacer salir de sus casas á gentes honradas para ver esto. La comedia es una estupidez, sin realidad, sin interés... Y el público se porta en imbécil, aplaudiéndola...

Daba un suspiro y proseguía...

—¡Qué lástima de no poder zurrarle mañana en mi periódico! ¡Oh, si yo tuviera libertad!... Le descubriría á la gente todo lo imbécil que es el autor, mi ilustre compañero de redacción señor Jiménez...

Otro crítico decía, por lo bajo, á un amigo: —¡Qué barbaridad! Esto es un plagio indecen-

te. No sé de qué... De algo extranjero, sin duda —murmura, asqueado, el crítico influyente.

—Pero, ¿tú has visto algo semejante?—asiente otro crítico.

—No; pero es lo mismo. ¿Tú crees que este Jiménez es capaz de sacarse de la cabeza algo más que serrín de corcho?

En las butacas, las señoras leían periódicos ó asestaban sus gemelos á los palcos, donde otras damas lucían sus bellos hombros desnudos, sus espaldas de rosa y alabastro.

—¿Has visto á la Mezquita? Chico, ¡está brutal!—comentaba, apasionado, un gomoso.

—¡Phs!—contestaba otro, con voz atiplada— Yo la encuentro horriblemente vestida. Yo, en su lugar, me hubiera puesto una capa de tisú...

En el saloncillo apenas se podía estar, de tan congestionado de visitantes.

El autor, aún trémulo, casi sollozante, con las guías del bigote lacias, recibía enhorabuenas y felicitaciones...

—Esto marcha—le decía uno, apretujándolo entre sus brazos—. Como el tercer acto sea nada más que igual, tenemos obra para cien noches...

—¡Oh!—insinuaba, inmodesto, el autor—Yo al tercero no le temo. Creo que es el mejor, ¿verdad, Ramírez?—E interrogaba, ansioso, al primer actor, que también recibía felicitaciones...

El crítico influyente entraba en aquel momento, como una tromba, gritando:

—¿Dónde está ese hombre? ¡Que me lo traigan!

Y, enfrentándose con el autor, le echaba los brazos al cuello y, dándole recias palmadas en la espalda, exclamaba en el paroxismo del entusiasmo:

—¡Un obrón! ¡Sí, señores, un obrón! Lo digo yo. Chico, no esperaba yo menos de ti. Me alegro, porque yo soy de los pocos que siempre tuvieron fe en ti. ¡Menu-do éxito! ¡Vaya un segundo acto! ¡Genial, sencillamente genial! No siento sino que seamos compañeros y no poder-te atizar el «bombo» que mereces...

Vuelven á repiquetear nerviosamente los timbres. El saloncillo va quedando desierto. El patio de butacas se llena apresuradamente de hombres. Algunos quedan en los pasillos, tras las cortinas de las puertas del patio, aprovechando, ávidos, hasta las últimas chupadas del cigarro.

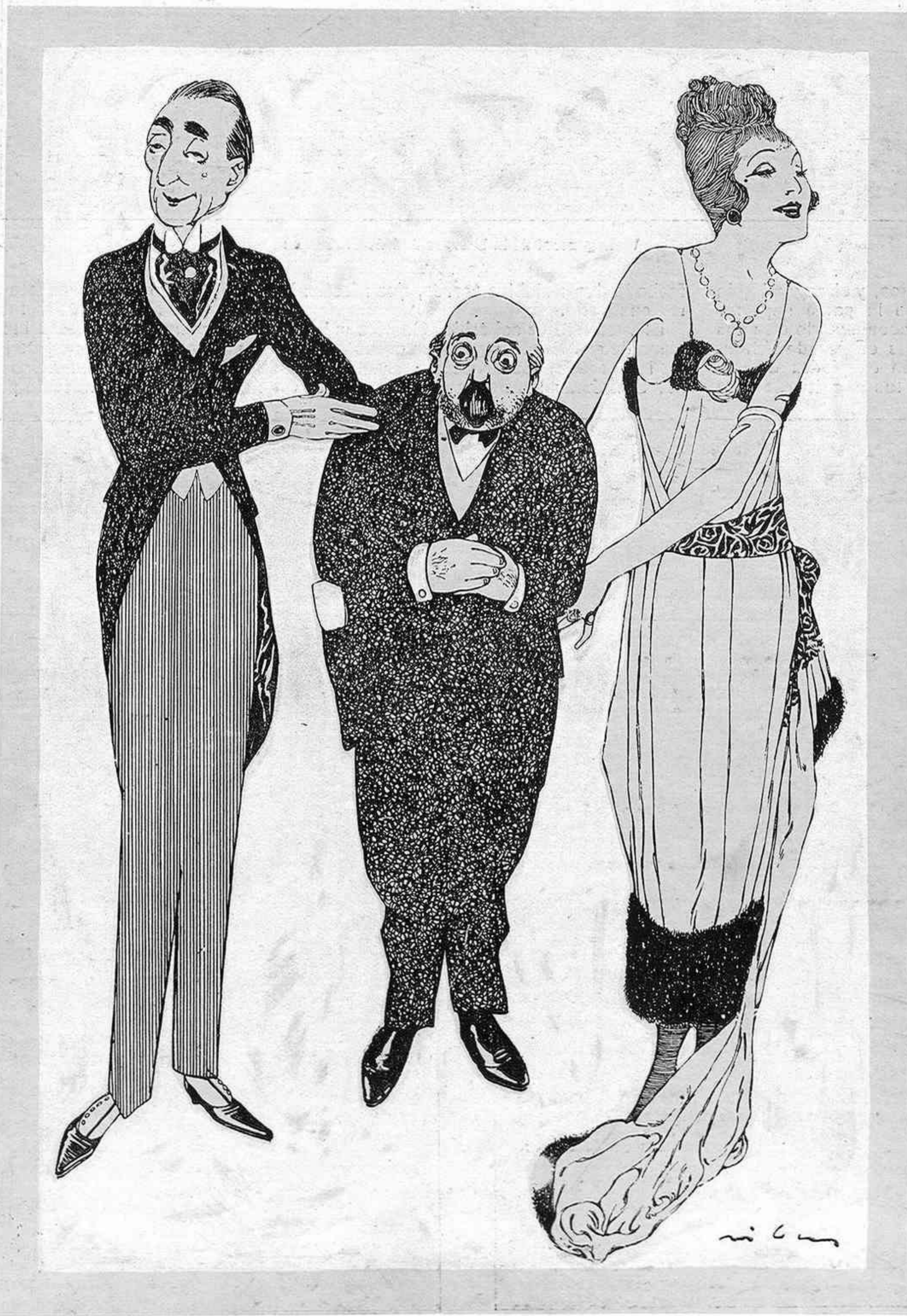
El sexteto termina la sinfonía... Vuelve á repiquetear un timbre. Se apagan las grandes lámparas y se encienden las luces de la batería.

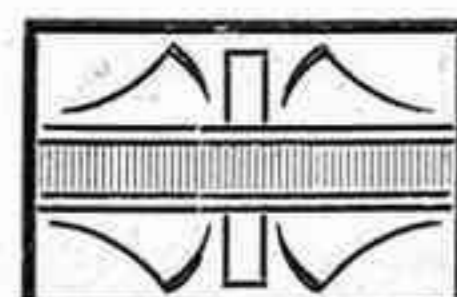
Un siseo largo, imperativo, recorre la sala. Silencio.

El telón se alza lentamente, como una enorme boca abriéndose en un bostezo...

EL CABALLERO AUDAZ

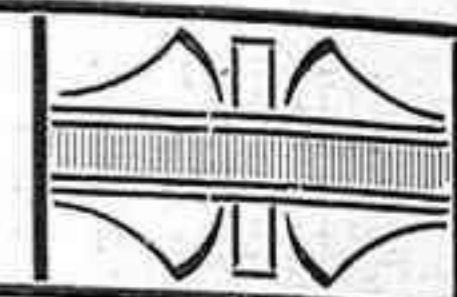
DIBUJO DE RIBAS





LA CULTURA ESPAÑOLA

LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA



EN la anchurosa y concurrida plaza de su nombre hállase emplazado este majestuoso y elegante edificio, de severas y firmes líneas arquitectónicas, el más notable de todos los que componen la edificación moderna de Barcelona.

Todo él está construido de piedra de sillaría, y afecta su solar la forma de un rectángulo, abarcando una superficie de 27.000 metros cuadrados, de los cuales 16.616 pertenecen al jardín; correspondiendo el resto á la grandiosa fábrica que se alza en el centro del terreno de su pertenencia.

Esta sólida y monumental construcción tiene 136 metros de largo por 83 de fondo, bordeándole el jardín por su parte posterior y laterales.

La fachada se compone de tres cuerpos. Dos laterales, con una sola puerta de ingreso cada uno y tres el central. El primer piso está dotado de amplios balcones, y el segundo, de hermosas ventanas. Hay en la parte superior el escudo real de España, acompañado de unos grandes medallones, con las efigies de Alfonso V y de Isabel II, todo ello en piedra de una afiligranada talla. Coronan los ángulos de esta



Vista general de la Universidad de Barcelona

fachada dos notables torres, que afectan la forma cuadrada.

El vestíbulo es soberbio. Contienen las hornacinas de sus muros preciosas obras escultóricas de los acreditados artistas hermanos Vallmitjana. Son éstas las figuras de Alfonso *el Sabio*,

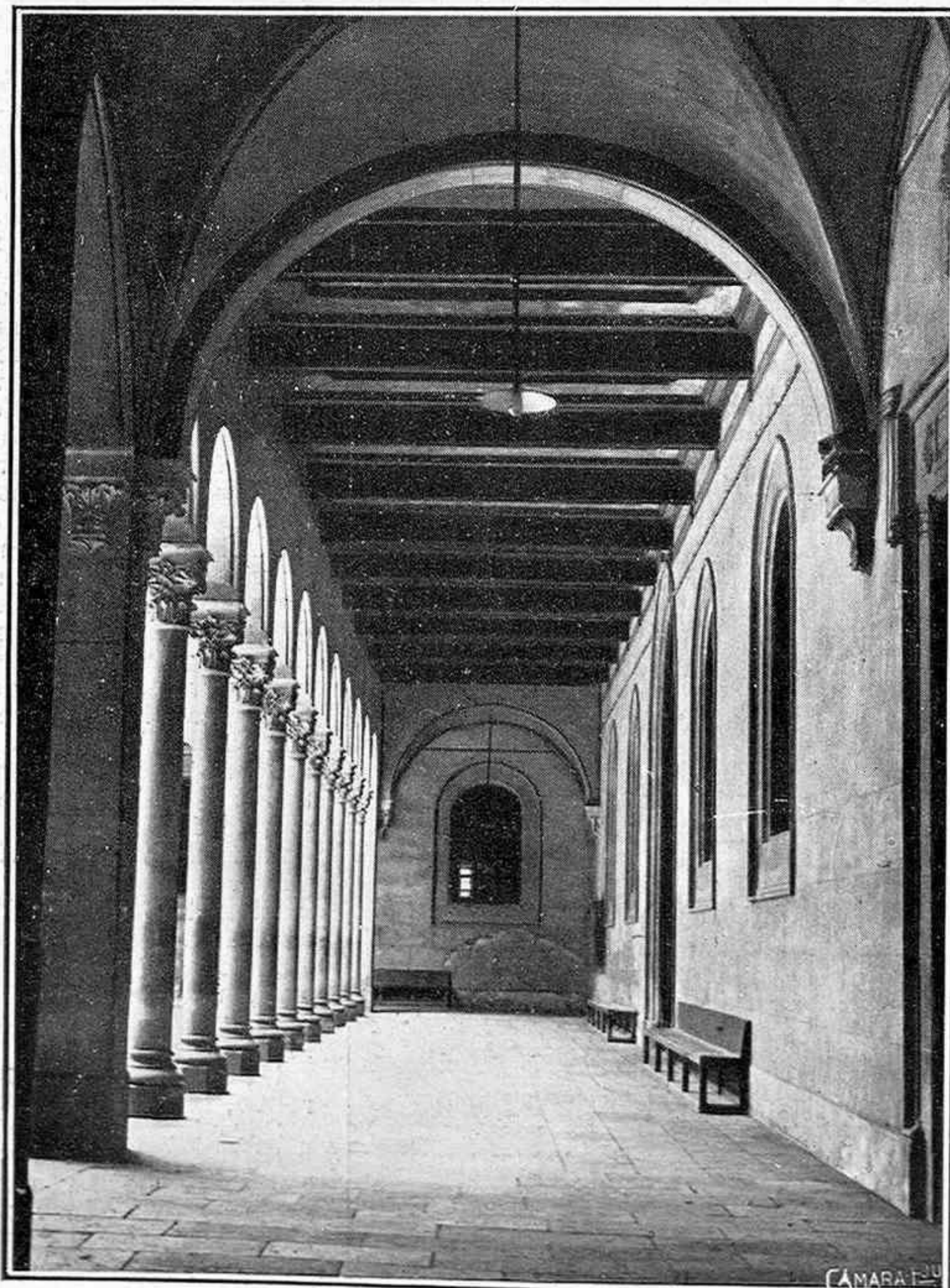
tólogo general consta de más de 250.000 volúmenes. El salón de lectura, que es muy amplio, dispone de una buena luz zenital y tiene capacidad para 120 lectores. De los volúmenes importantes, sobresalen: un *Libro de Horas*, de final del siglo xv, muy notable por sus miniaturas en vitela;

Luis Vives, San Isidoro, Averroes y Lulio.

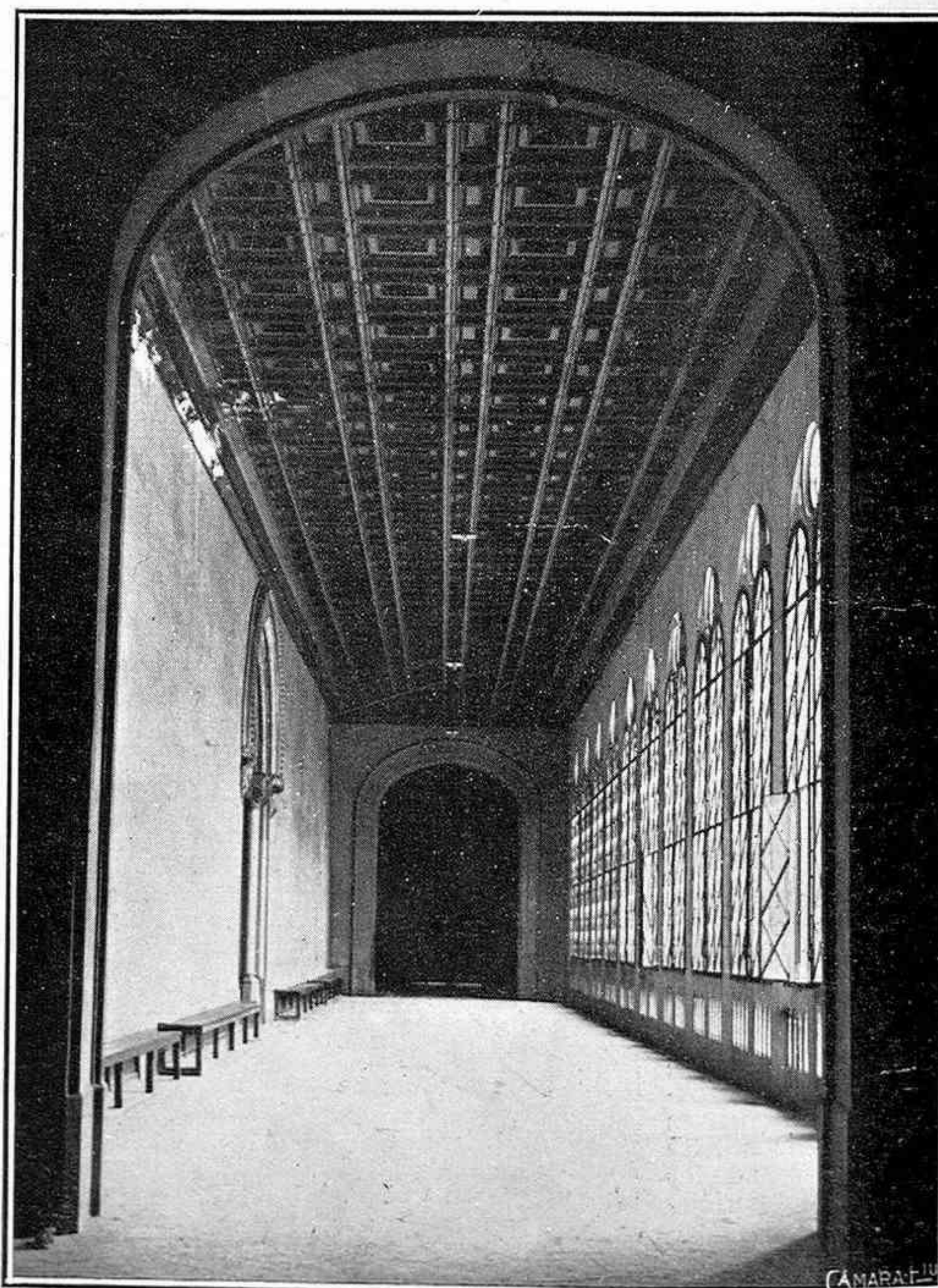
La escalera de honor conduce al primer piso, teniendo sus gradas y pasamanos de mármol. Da acceso, entre otros departamentos, al Salón Rectoral, Galería de Retratos y Despacho del Rector.

Hállase en el primer piso el Paraninfo ó sala de grandes actos, monumental dependencia, de estilo muzárabe, compuesta de mármoles y alabastros. Son sus dimensiones 32,50 metros de longitud por 16 de latitud y 18 de altura. Posee 24 ventanales, con caprichosos cristales en colores, debajo de los cuales hállanse instalados una serie de hermosos cuadros al óleo de españoles ilustres. Figuran en la testera de la pieza unos medallones con los retratos de Alfonso V de Aragón, Isabel II y Alfonso XIII.

También es de suma importancia la Biblioteca, una de las mejores de España. Su ca-



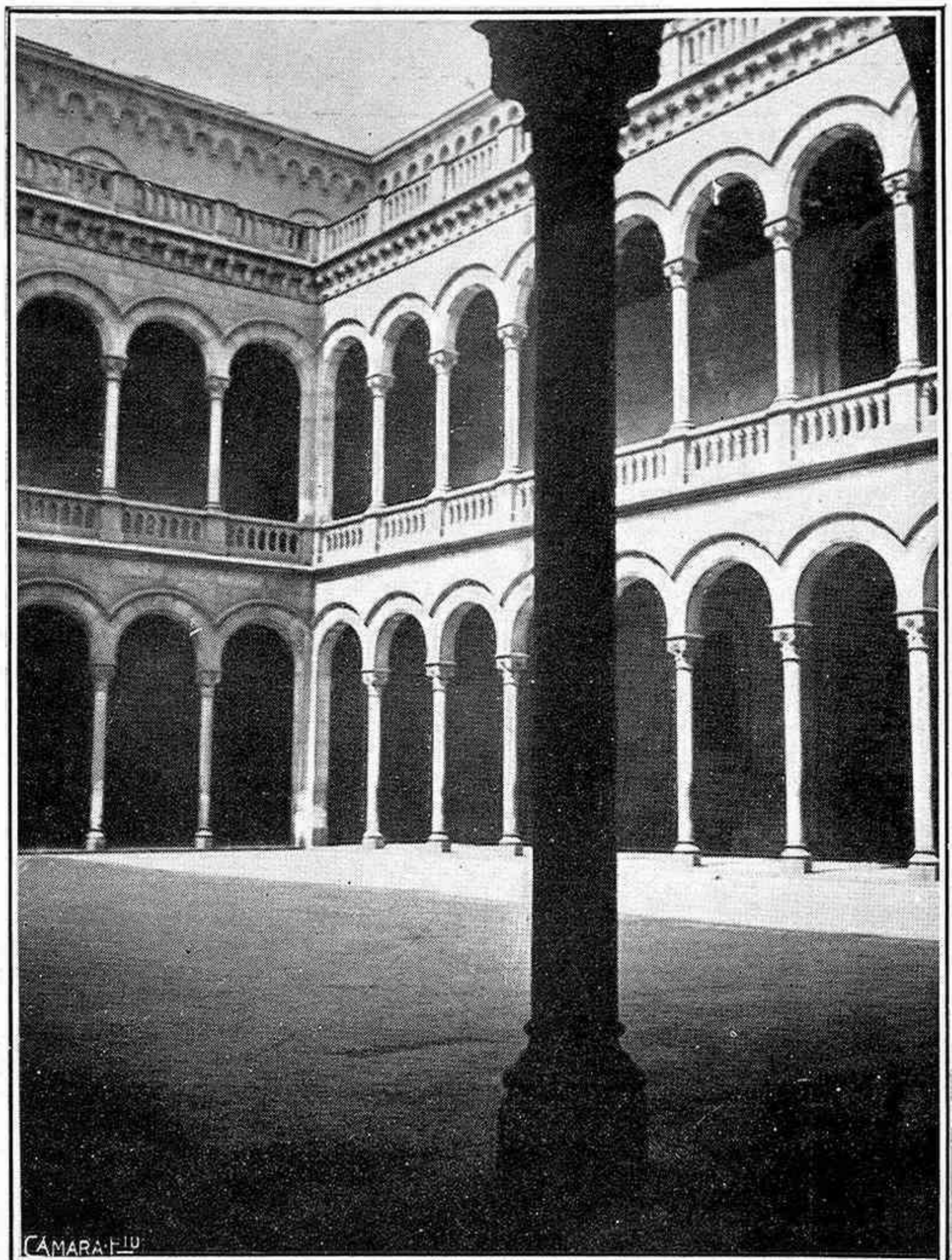
Una galería del patio correspondiente á la Facultad de Filosofía y Letras



Amplia y hermosa galería, que da acceso al Paraninfo y á la Biblioteca



Un aspecto del Paraninfo



Vista de uno de los patios

una *Biblia Sacra*, también en vitela, de letra de fines del siglo xiv; La *Crónica del Rey Don Jaime*, y otros muchos códices.

Hecha ya á grandes rasgos la parte descriptiva de este suntuoso edificio, resta consignar unas notas históricas de las vicisitudes por

las que atravesó esta Universidad literaria. Débese su construcción al ex rector de la Universidad Sr. D. Víctor Arnau. Así como el proyecto y planos al talento del notable arquitecto Sr. D. Elías Rogent.

Duró la construcción del mismo diez años, colocándose la primera piedra en 22 de Octubre de 1863.

En tiempo de los *concellers* (1310), ya existían cátedras de leyes, desempeñadas por acreditados hombres de ciencia. Más tarde (1402), el Rey Martín añadióle el colegio de Medicina y el de Artes, dándole forma de Universidad y ocupando distintos locales. Primeramente estuvo situada en la calle de Ripoll. En tiempos de Alfonso *el Sabio*, V de Aragón y IV de Cataluña (1450), fué trasladada, debido al gran desarrollo que tomaba, á la Rambla de Canaletas.

Siguiendo el curso de la Historia, nos encontramos que en 1714 Felipe V, en venganza por haberse opuesto la ciudad condal á que ocupara el trono, suprimió la Universidad, trasladándola á Cervera.

Posterior á este suceso, y después de algunas alternativas, volvió á trasladarse á Barcelona, instalándose en la iglesia que fué de San Felipe Neri (1837).

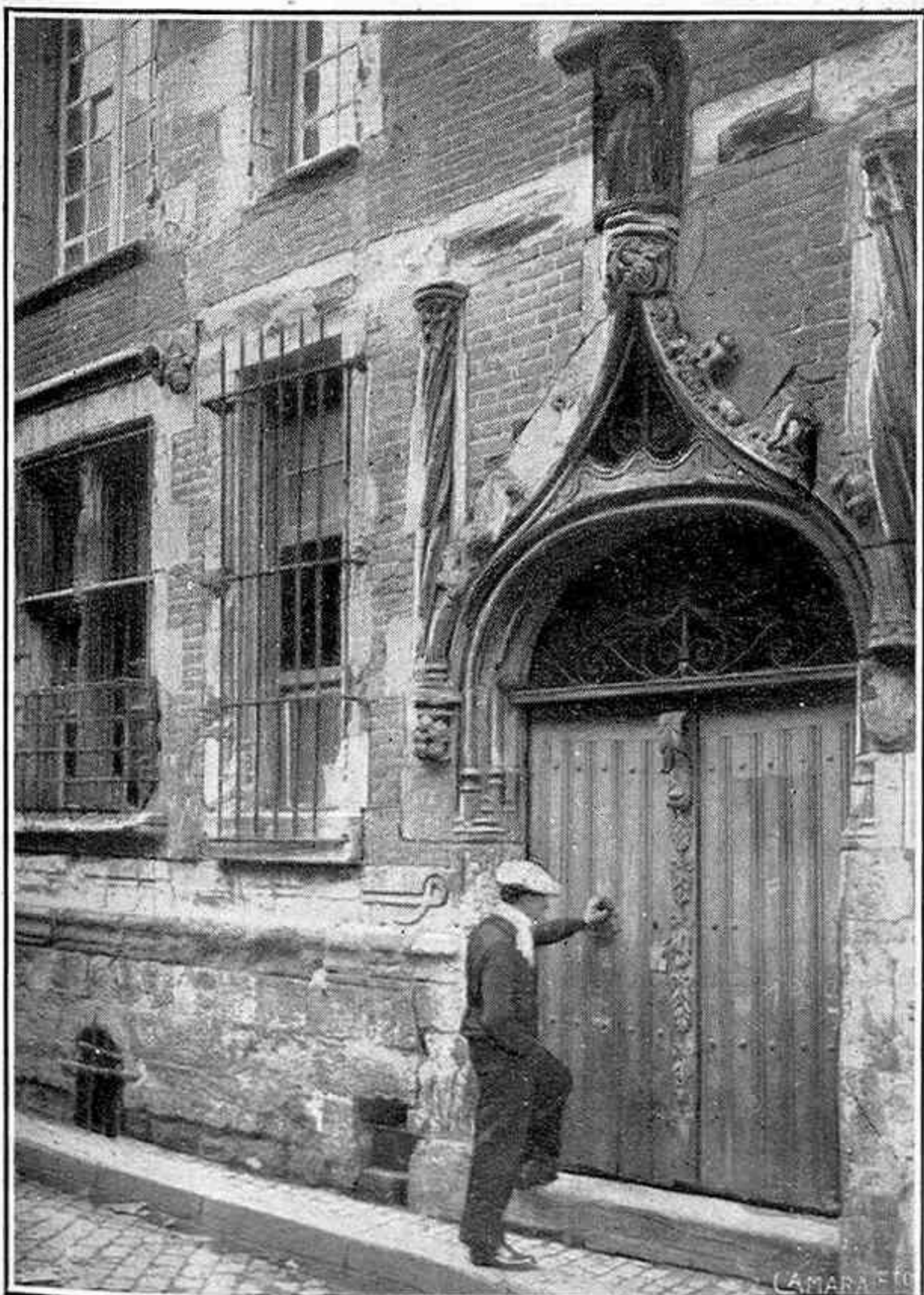
En 1841, y por no reunir esta casa de religiosos la suficiente capacidad, fué trasladada al antiguo convento del Carmen.

Como dato histórico, haré constar que antes de terminarse las obras, la parte de edificio construído destinóse á cuartel, alojándose allí el último batallón, en Abril de 1872.

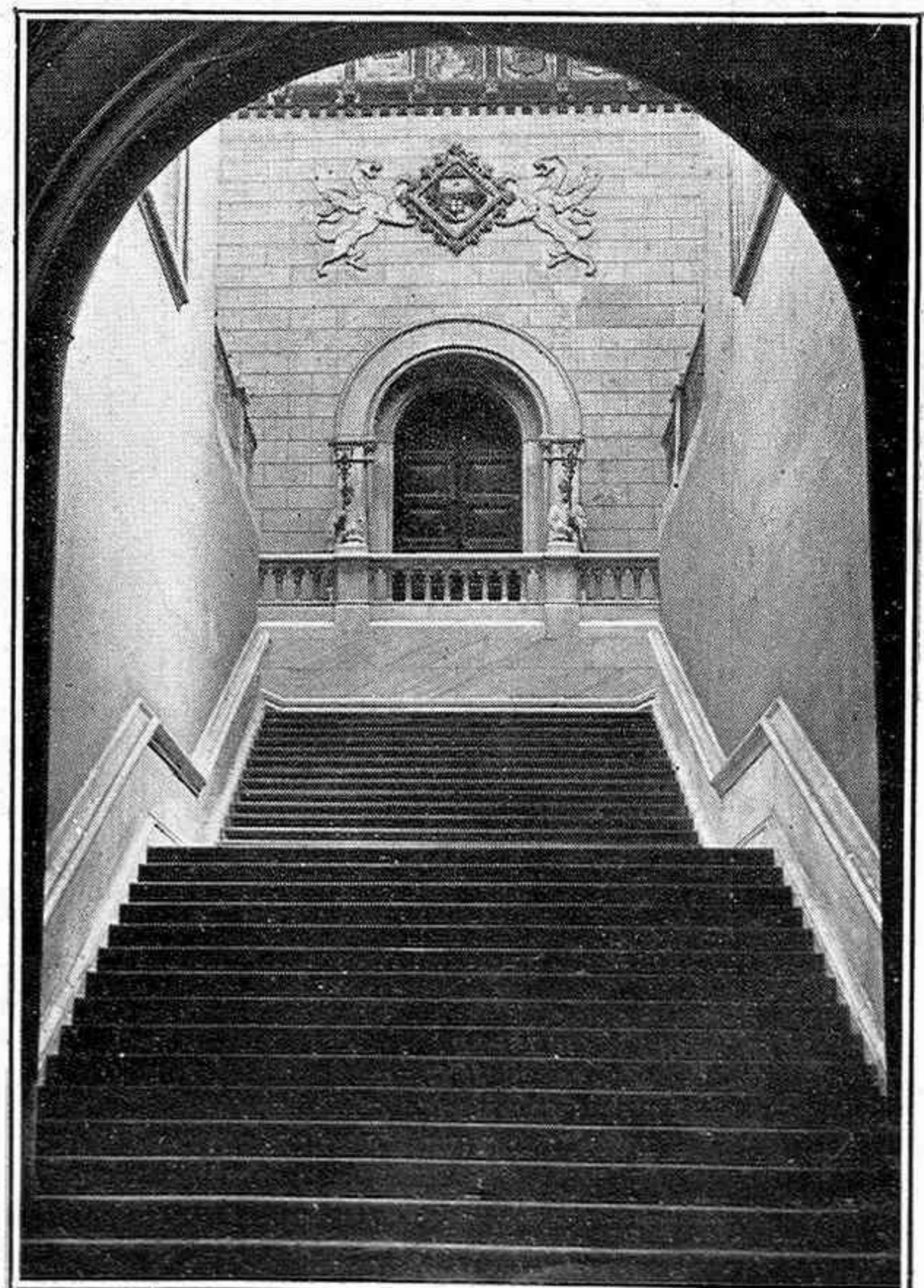
Hállanse instaladas en este importante centro de cultura

las facultades de Farmacia, Ciencias, Derecho, Filosofía y Letras, la Escuela de Ingenieros Industriales, la de Artes y Oficios, la de Agricultura, Instituto General y Técnico, Escuela Normal de Maestros, etc., etc.

PEDRO CANO BARRANCO

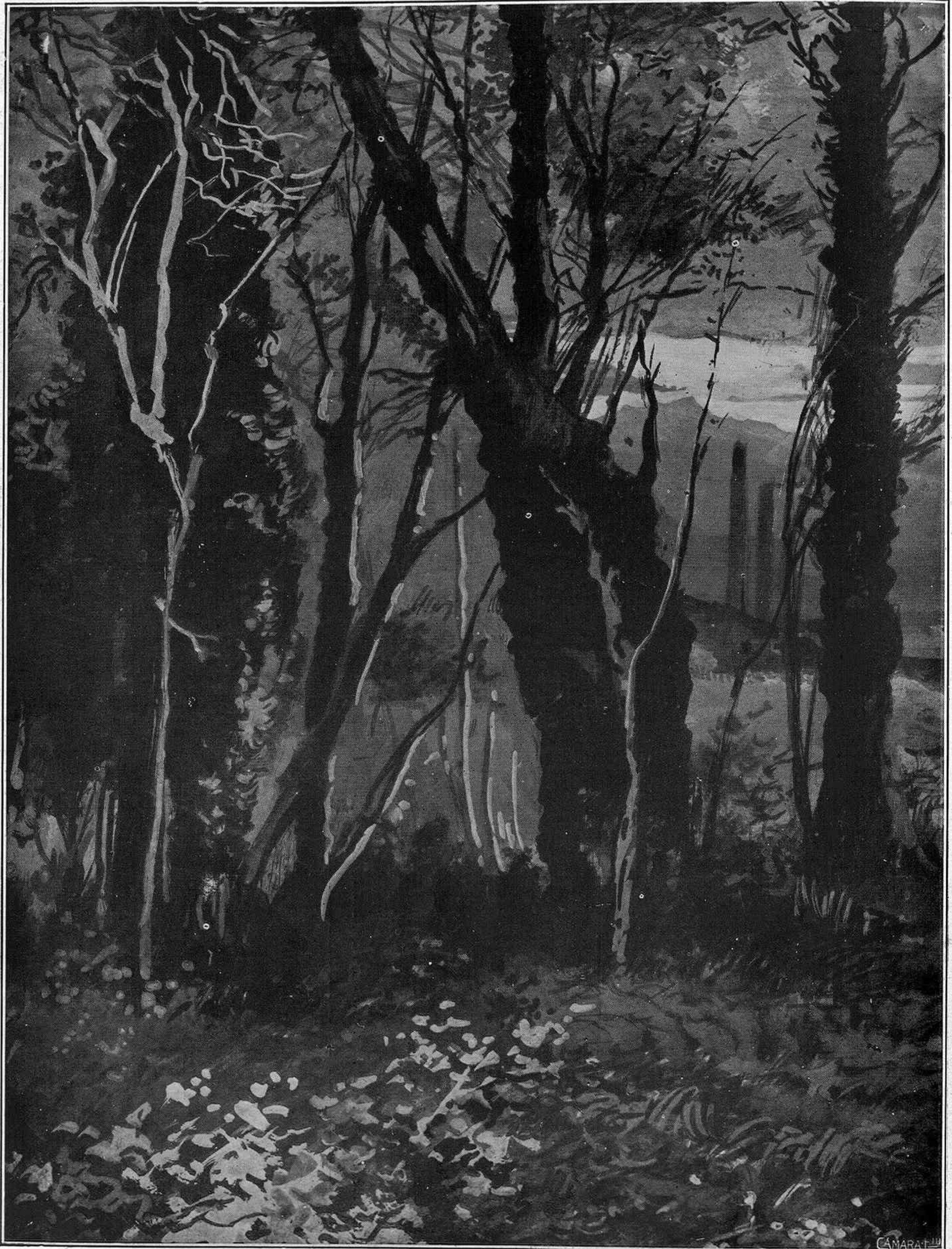


Puerta de entrada al Paraninfo



La escalera de honor FOTS. CANO BARRANCO

AMANECEER DE INVIERNO



*¡Qué triste aquel amanecer!
La ciudad no quería despertar.
Y lloraban las nubes con un lento llover...
Y lloraban los árboles con un triste llorar...*

*El campo estaba yerto. El aire frío
del alba penetraba al corazón.
Una bruma llorosa se elevaba del río,
y el invierno decía su más negra canción.*

Era una triste soledad.

*Inhóspita la tierra... Los árboles desnudos...
¡Y el cielo gris, que daba la primer claridad,
fustigando los sueños y los dolores mudos
en la horrible orfandad
de la luz!*

*¡Y llovía
el cielo gris, opaco y espeso..., y parecía
que lloraba!...*

*Después, cual monstruo de maldad,
se despertaba la ciudad
que la bruma envolvía...*

*Llamando á los obreros á sus trabajos rudos,
sonaban de las fábricas los silbatos agudos.*

*El arrabal mostraba su aspecto desolado
bajo la sucia lluvia pèrtinaz é inclemente.
Y por las calles viejas, chirriando, lentamente
marchaban las carretas camino del mercado.*

Rafael LASSO de la VEGA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

CAMARAT

SOR PATROCINIO, LA MONJA DE LAS LLAGAS

OCHENTA años fué sor Patrocino moradora de la tierra: desde el del hambre de 1811—que amenaza iteración— hasta el de 1891. Toda una época inquieta y atormentada de España, rediviva en páginas de Mesonero, Córdoba y Galdós, desfiló ante sus grandes ojos oblicuos, dintelados por cejas mefistofélicas. Y la monja asistió á ella y la señoreó, notoriamente en casos como el del «Ministerio relámpago», aunque siempre tras la reja del locutorio, siempre cerca de la realeza, de los personajes duques y de los acontecimientos príncipes.

¡Oh, bizarra paradoja, permisora de que una retirada francisca recoleta descalza actúe sobre la Nación con el rojo de un cardenal Mendoza, apellidado «tercer Rey de España»!

ooo

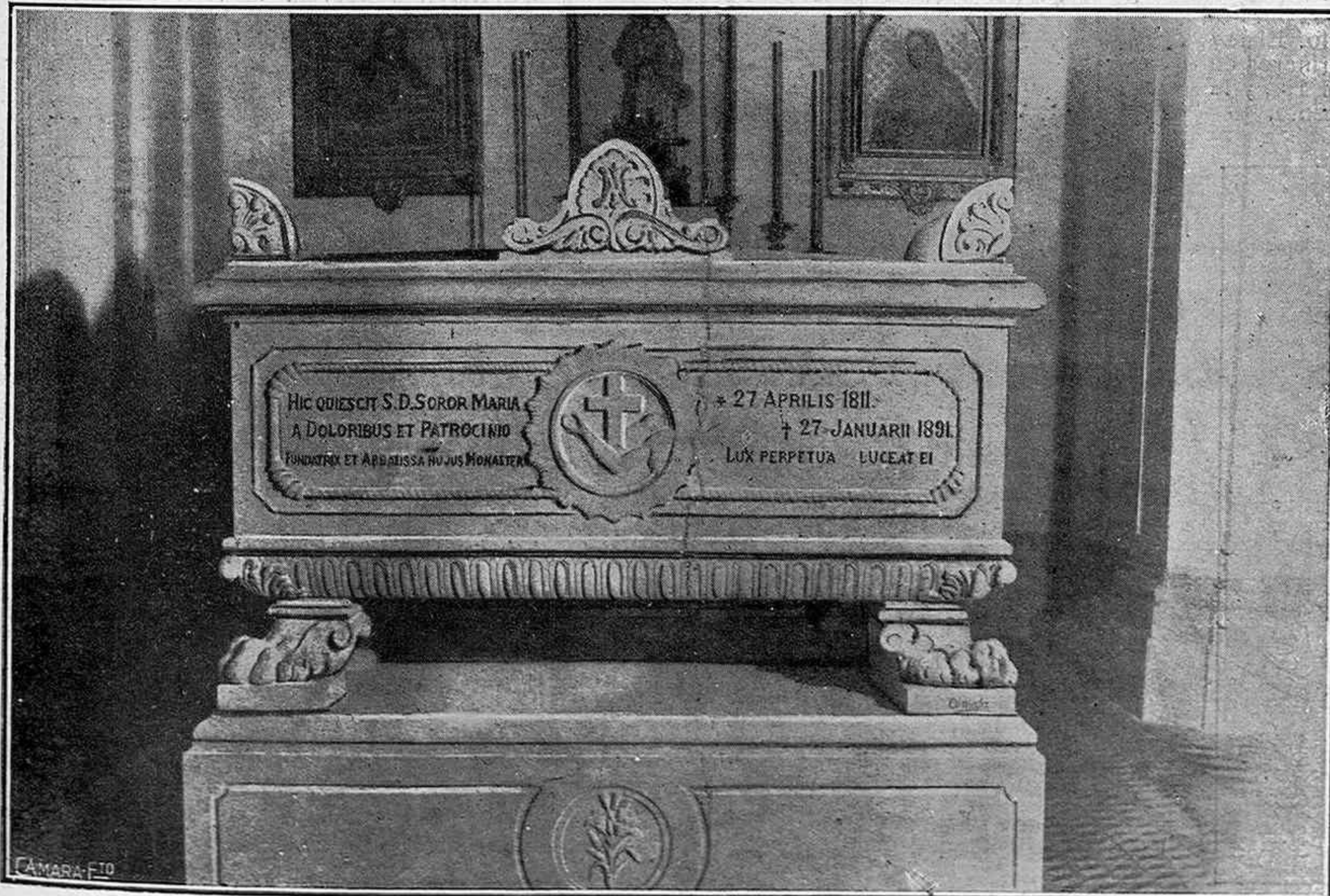
Quiso ser sor Patrocino glosa y remedo de la monja poeta. Existía entrambas semejanza física: Teresa de Cepeda y Ahumada y Dolores Quiroga y Cacopardo, gozaron de arrogante presencia, voz insinuante de oro y las blancas carnes de Júpiter de la *Iliada*: venustez en sus faces, y en sus maneras, señorío. En lo psíquico, disparidad. Calco de los de Santa Teresa, mostráronse arrobos, y éxtasis, y penitencias y manía fundadora de sor Patrocino. Vieron las dos al dulce Rabí y sintiéronse opresas por el réprobo; pero en el misticismo de la doctora abulense hay una suprema distinción ática, pugnante con aquel diablo plebeyo que travesea, tunde y grita en el convento matritense de las Comendadoras de Santiago, cuando Dolores—laica y adolescente—, sirve á las rancias señoras de Zurita, continúa luego alebrando á las religiosas del Caballero de Gracia y hasta se atreve una noche á conducir ó no conducir á su víctima hasta el cenobio de franciscanos de Cuéllar—hay oposición, cuanto al punto, entre los autores—para depositarla luego—los autores, conformes—sobre el alero de un tejado. Tal Satán misógino cesa de atormentar á la monja cuando su caridad descubre, sucesivamente, la minúscula imagen de Nuestra Señora del Olvido—aún conservada en el convento arriacense—y aquel lienzo del Cristo «de la Palabra», cuyos labios lumínicos se entreabrieron para hablar de sor Patrocino, lienzo que guardan las madres concepcionistas de nuestra calle de Blasco de Garay. Sin que pueda negarse cuanto ayudara á la emigración de Lucifer el bastón de borlas de Salustiano Olózaga—enamorado de *soror*, según murmuraciones de la época—y la actuación del juez Cortázar en un proceso que amarillea en el Archivo de Gracia y Justicia.

¿Qué contar de las sangrantes llagas? Hay un abismo entre la prosa de los *Dos amigos filósofos*, autores del fascículo de 1868, evocador del capuchino fray Fermín del Alcázar y de la «clemátide vitalva» y la de D. Ramón Risco, moderno biógrafo y defensor de la carmelita. Tales úlceras, pincelada justa en manos y pies descarnados de los San Franciscos de Zurbarán y el *Greco*, parecen desentonar sobre las pulidas de *soror*.

Pende ante la Santa Congregación de Ritos el expediente de beatificación. Como hila delgado, han de transcurrir lus-



Retrato al óleo de sor Patrocino



Sarcófago de sor Patrocino

tros antes de la sentencia. Y han de consultarse con ahinco las sesiones del Tridentino y del Sesionense, definitivos en materia de milagros.

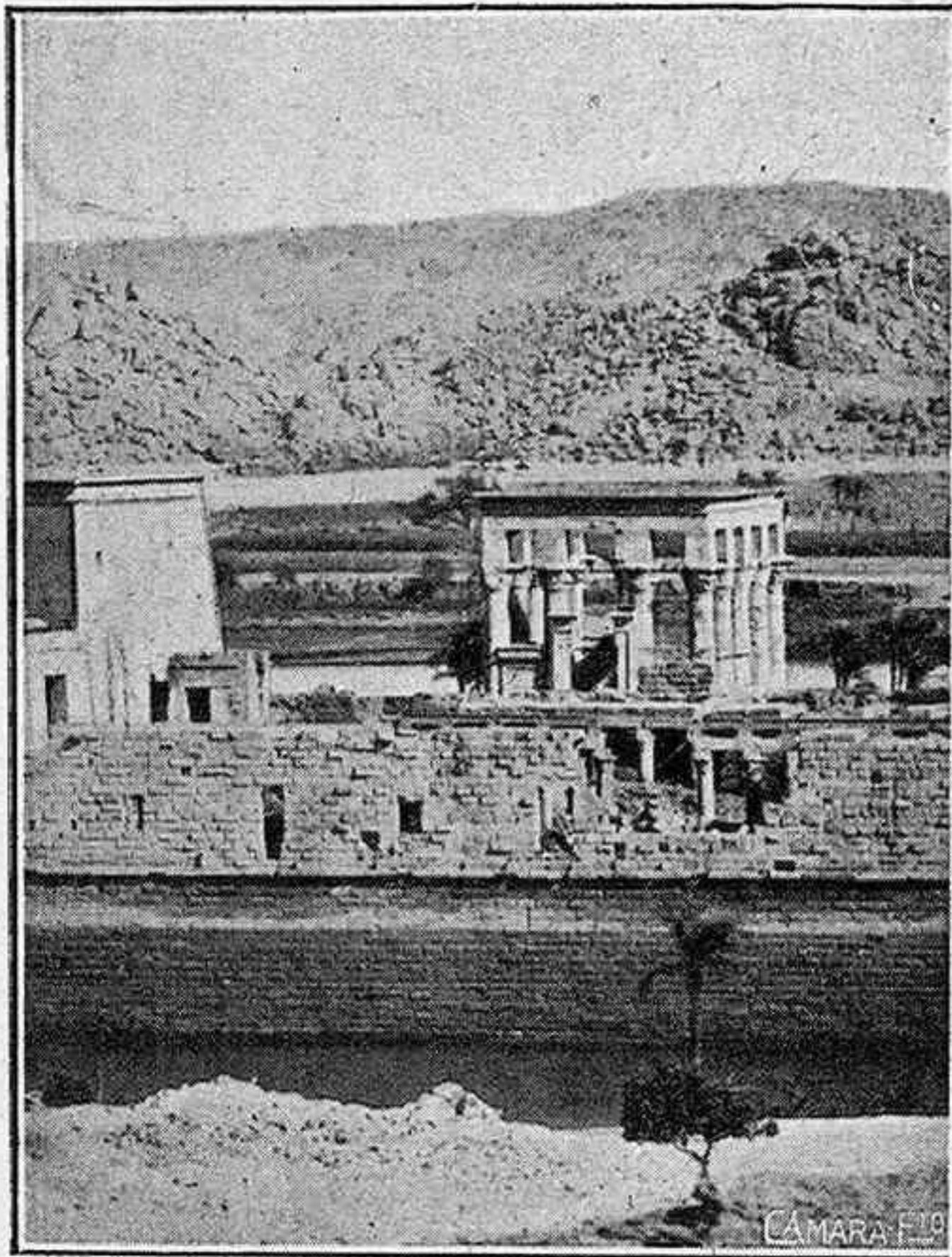
ooo

Son interesantes el retrato y el sarcófago. Desconocemos la fecha de aquél; pero es cierto que cuando se pintó no había llegado la madre al comedio de su vida. Luce el cándido hábito, con toca negra y capa azul; al pecho, el escudo de la Orden, grabada en él la Purísima, y á la cintura el cingulo franciscano. Obsérvese que se reproduce no una fotografía, sino la obra de un pintor. Quanto á la urna cineraria, es la misma donde, á 14 de Agosto de 1917, fueron depositados los despojos de sor Patrocino, al cabo de veintiseis años de sepultada en un nicho conventual. Labrada fué en piedra de Novelda por D. Bernardino Olmeda.

Cuadro y urna están hoy en el antiguo comulgatorio, trocado en capilla, de la iglesia de la Santísima Trinidad y Purísima Concepción, vulgo del Carmen, donde una tarde de Marzo de 1880 sor Patrocino, abadesa, recibió la postrer visita de la ex Reina de España Doña Isabel II.

Eduardo MARTÍN de la CÁMARA

LEYENDAS DE LUKSOR



Templo de Khusu

EL viejo *feki* Abd-el-Jatib, cuenta que el espectro de un milenario Faraón decía: «Yo aumenté espléndidamente los bienes de los templos y de los dioses. Y di el electrum, el lapislázuli, las turquesas, las esmeraldas, las estofas reales de tisú, el lino blanco, el incienso y los perfumes.

Yo construí las barcas divinas que flotan en el agua sagrada. Eran de madera de acacia, procedentes del país de Echel, y tan incrustadas de oro, que el Nilo resplandecía.»

Así hablaba un Faraón, cuya momia dorada se conservaba en el Valle de las Tumbas Reales.

Y la gran barca de oro, inmóvil en el Nilo, esperaba al dios para penetrar en el vasto templo de Luksor.

El rey quemaba incienso ante Ammon, Maut y Khusu, y luego conducía á los dioses por el río de esmeralda.

Una multitud gritaba en las márgenes con aullantes alaridos de calentura y de amor.

Y el rey, en su barca dorada, descendía por el curso del Nilo fecundando la tierra.

Según el *feki*, algunas noches la barca del Faraón surca todavía las aguas del Nilo. El rey que la conduce es de oro, y los marineros de plata. La luna de Oriente ilumina el río, y la barca va dejando una estela fosforescente.

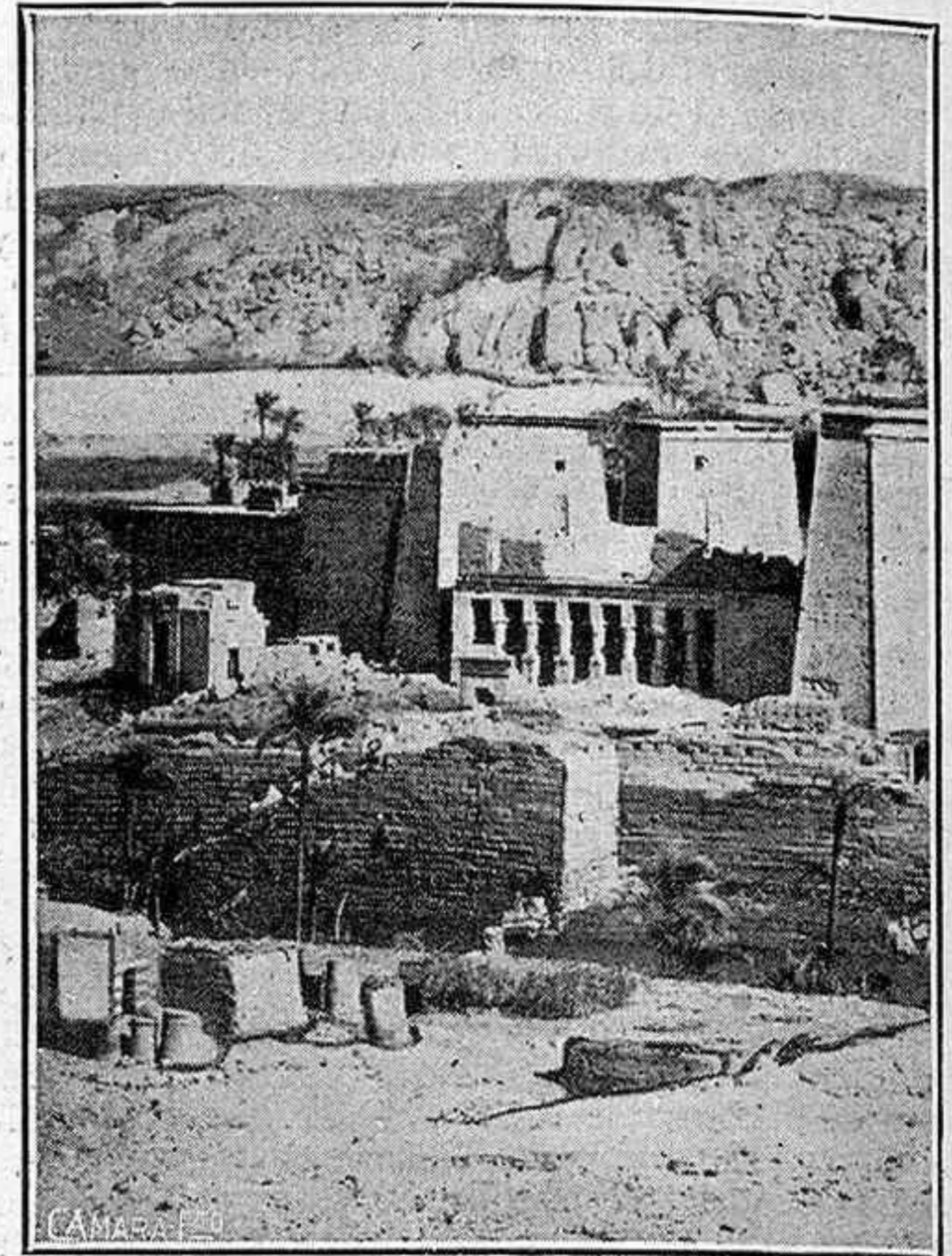
Una noche, el *fellah* Diab Timsah pasaba muy cerca del río y escuchó como una música celeste, y vió bogando, toda centelleante, la barca de Ammon. Era noche de fiesta, y el rey y sus cortesanos, reclinados sobre tapices suntuosos, contemplaban las danzas maravillosas de unas mujeres de ensueño, con velos fulgurantes, coronadas de flores de loto.

Receloso de ser visto, Diab Timsah se ocultó entre la floresta. Entonces, una de las mujeres cantó con una voz que parecía venida de los cielos, y Diab, lleno de arloroso entusiasmo, gritó: «¡Oh, Alá!»

La mujer, aterrada, musitó: «He ahí el hombre.» Y la barca desapareció, y la noche quedó negra y fría como una tumba.

ooo

En el propileo de Evergetes, frente al templo de Khusu, se dice que está la morada de Aitallah. A veces, en la noche, los *fellah*, llenos de miedo, ven á un enano de larga cara horrible, de ojos torcidos y alucinantes, que pasa rugiendo como las fieras. A su vista huyen los perros, las gentes se esconden en los últimos rincones de sus casas y se cree que su presencia anuncia siempre la muerte. ¡El monstruo atrae las almas y las lleva Dios sabe dónde! Y, sin embargo, este ser espantoso no es más que el buen dios



Templo de Ammon

gre humana y mandrágoras hizo un filtro y lo dió á beber á la diosa cruel, y Sekhmet ya no odió á los hombres, y fué la compañera amada del gran dios Memphis.

La estatua de la diosa está aterciopelada como una piel femenina. ¿Cuántas manos ó cuántos labios habrán acariciado para pulimentar tan suavemente este granito?

Aún los *fellah* de espíritu ardiente escuchan entre las sombras de Karnak los sonidos profundos y apagados de obscuras letanías; aún se perciben olores casi desvanecidos de perfumes muy densos, y aún se siente la fiebre, la crepitación de aquella multitud, que venía á adorar á la amante de Ptah, á la diosa apasionada y propicia, que no podía ser madre y que adoptaba los nombres de Maut y de Hathor.

En ciertos días, Sekhmet y Ptah aparecían en el templo. El aire adquiría una luz azulada, y las estatuas negras, iluminadas por la claraboya del techo, brillaban fulgurantes. En los días de oráculo, la diosa parecía resucitar con una vida sobrenatural, y sonreía misteriosamente con una sonrisa fascinadora.

Tales son las leyendas del viejo Abd-el-Jatib, que fuma la larga pipa de *kiff* y sueña las prodigiosas maravillas del Oriente.

ISAAC MUÑOZ



ABD-EL-JATIB
Viejo narrador de leyendas

Bisu, señor de los placeres y del amor, que torna á los lugares en donde en otro tiempo fué venerado.

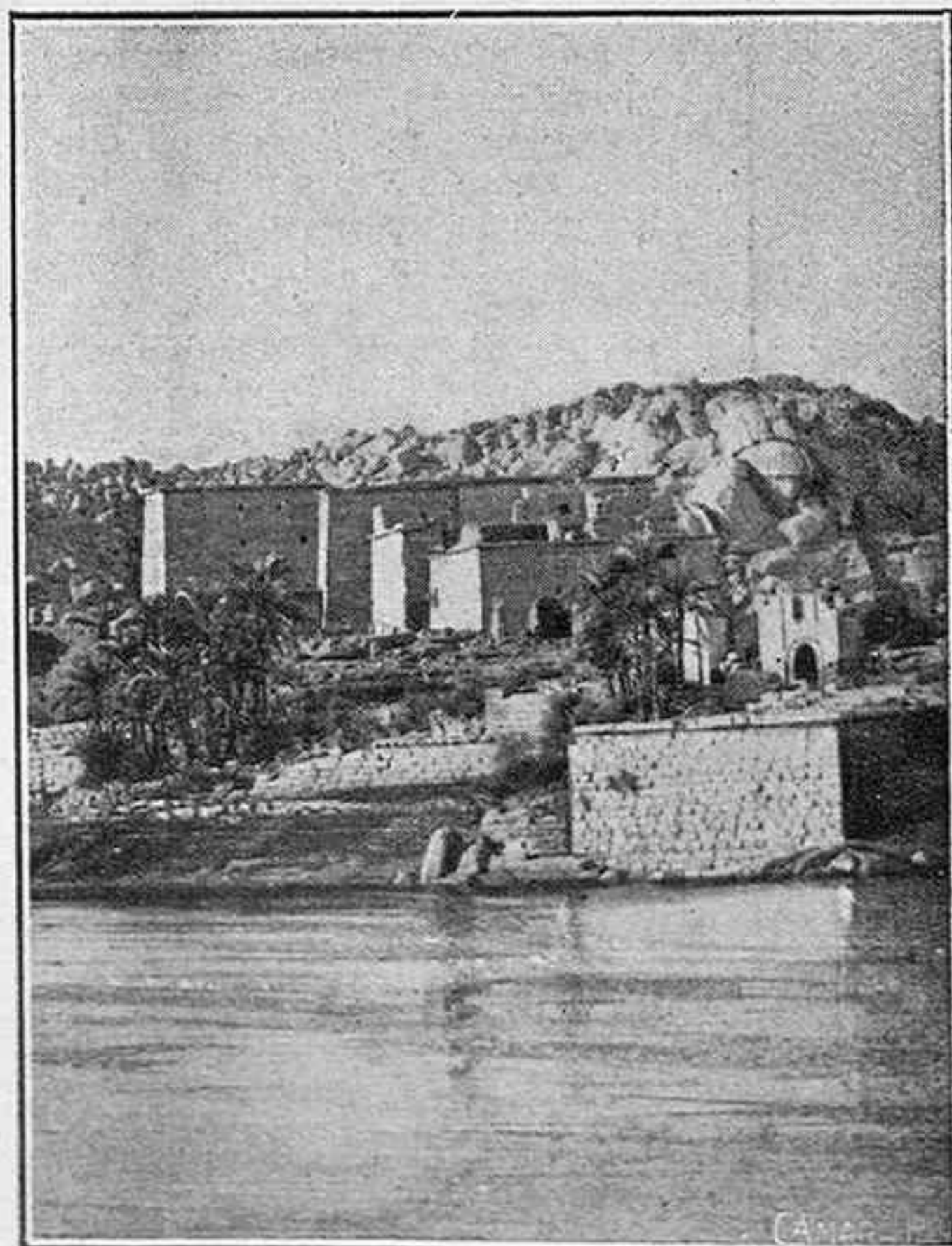
ooo

En torno de Karnak se ven resplandores que iluminan mágicamente la noche, y se escuchan voces desgarradoras que surgen de la parte Oeste del primer pilono. Todo está lleno de misterios y de hechizos.

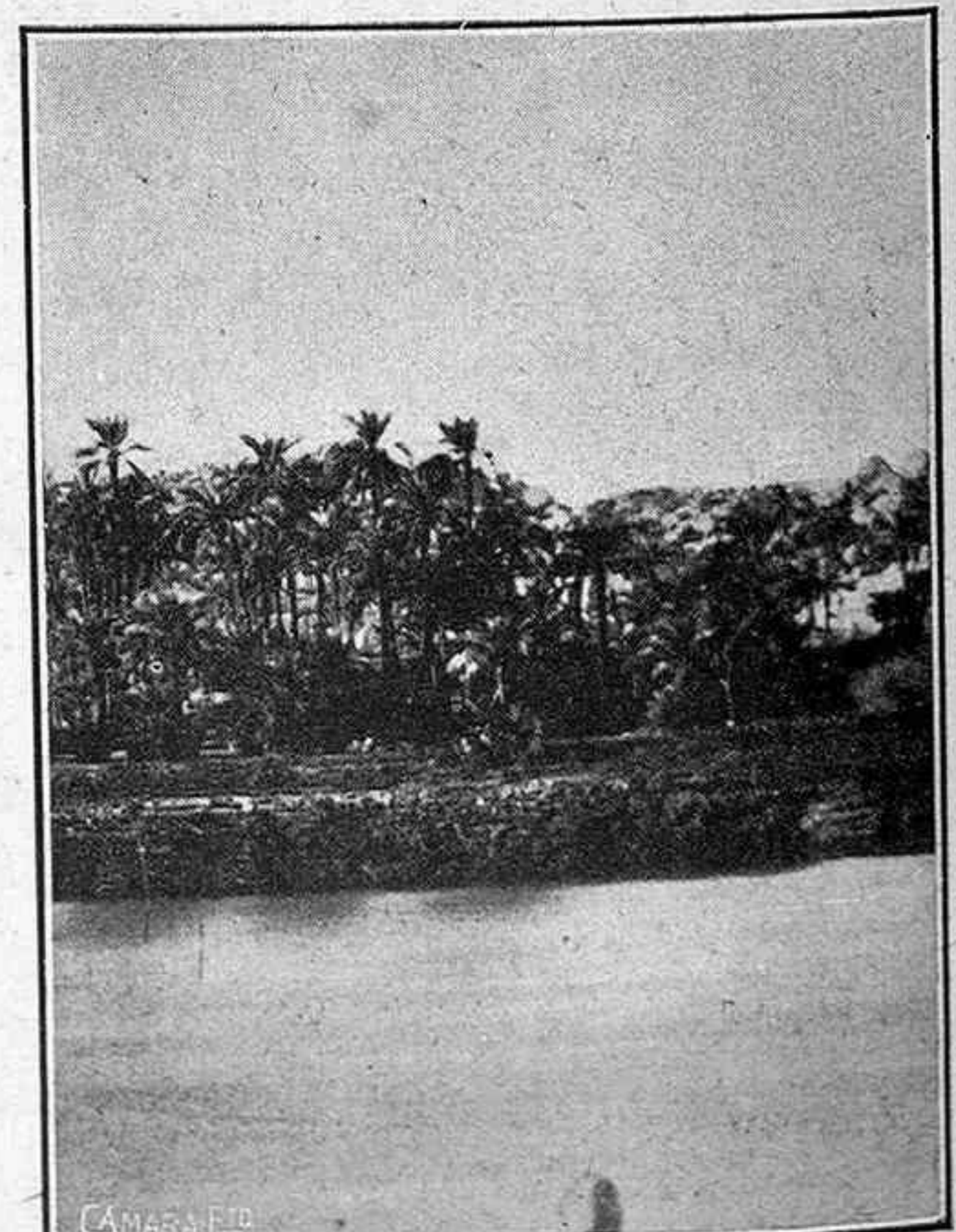
Y algunas noches se ve pasar la blanca y fantástica cabalgata de Faraón, que galopa frenéticamente hacia Luksor, y las imágenes de los bajosrelieves despiertan y viven con clarores espectrales. Se narra que las columnas del hipostilo de Ramsés II eran de oro puro, y que en los tiempos antiguos se guardaban tesoros fabulosos en los secretos de Karnak.

Entre las ruinas del templo de Ammon aparecieron un día, entre la arena, las gentiles espaldas y los bellos senos de una diosa Sekhmet. Surgió con su cabeza de leona coronada del disco solar, teniendo al extremo de su brazo, ágil y perfecto, un tronco de *papyrus* que se abría sobre su pecho desnudo. Su cuerpo era fino y virginal, como el de las jóvenes apenas nubiles; sus piernas, delicadas y elegantísimas, y había en su rostro una expresión tan hermética, tan distante, que hacía recordar siempre que no era una mujer, sino una diosa.

«Cuando yo mato á los hombres, mi corazón está alegre», decía la diosa Sekhmet en los días lejanos de su culto. Rá, entonces, con san-



Restos de Karnak



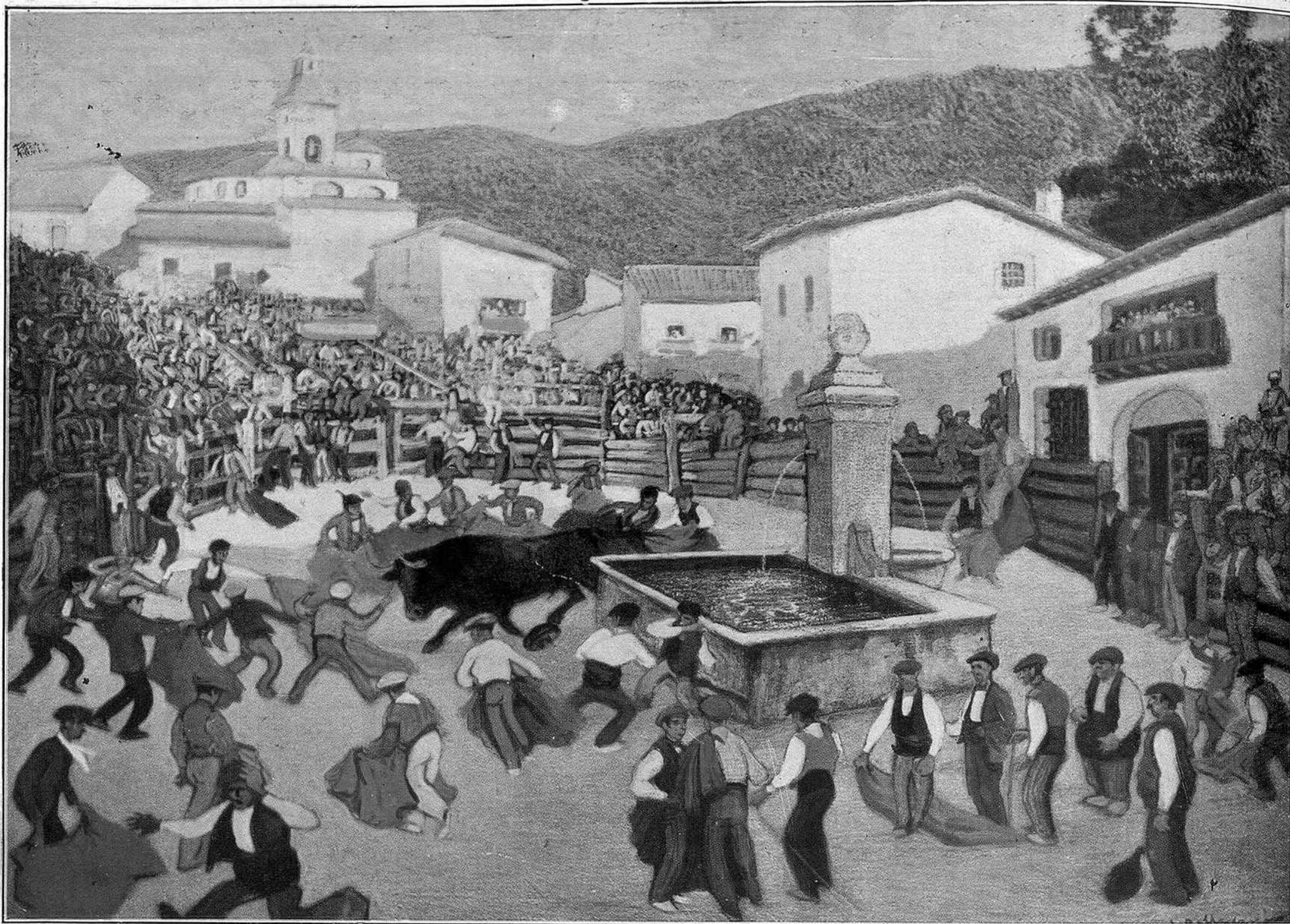
Márgenes del Nilo

PAISAJES VASCOS



TORRE DE LA IGLESIA PARROQUIAL DE AMOREBIETA, SOBRE EL RÍO IBAIZÁBAL (VIZCAYA)

FOT. OJANGUREN



LA CAPEA

Cuadro de José Robledano.—("Salón de Otoño" de 1920)

L A S C A P E A S

DESDE la *Gaceta*, un ministro airado realordenó la prohibición de las capeas. Por aquellos días habían sido corneados y muertos unos cuantos hombres en las fiestas de varios pueblos cercanos á Madrid, y en los periódicos madrileños se habían escrito furibundas abominaciones de esas corridas de toros, que son bárbaras y primitivas, porque falta en ellas el arte y la técnica de los lidiadores profesionales, y porque los bueyancones que se lidian no son verdaderamente bravos y candorosos, como los que proceden de la dehesa y entran en el redondel sin sospechar lo que ha de hacer con ellos la crueldad humana.

Las capeas, sin embargo, continúan celebrándose, y donde quiere prohibirlas la autoridad surge rugiente el motín. No se concibe festejar al Santo Patrono ó á la Virgen tutelar de cada pueblo y cada aldea, sin correr unas vaquillas... «Es la fuerza imperativa de la tradición», se dice.

Acaso sea algo más que eso. Imaginad, quienes no la conocáis, la vida, más que apacible, somnolienta y amodorrada de la aldea española; cuando el invierno, con lluvias, nieves y escarchas hace cesar las faenas agrícolas, los hombres, reclusos en los tugurios míseros del villorrio, no tienen otra expansión, otro divertimento que la taberna. Sólo en las orillas andaluza y levantina son blancos y alegres los caseríos; pero en el resto de España el pueblo rural vive en sórdidas casuchas de adobes ó pedruscos sin tallar, sin aire, sin luz, sin alegría; en algunos lugares vive en silos ó en cuevas abiertas en la peña, como nuestros venerables antepasados los trogloditas iberos.

Sobre estos hogares parece pesar aún el derecho del señor. No hay feudalismo ya, pero hay caciquismo, más odioso aún, porque no ganó su fuero en los riesgos de las batallas ó en las cámaras de los Reyes, sino que lo hurta en las antesalas del Gobierno civil; y hay, además, el propietario del terruño, que se lleva lo mejor del fruto, y el usurero que prestó la simiente y la recoge doblada, y el recaudador de contribuciones y cédulas, y en último trance el diezmo del cura y la iguala del médico... Al labriego no le queda nada suyo, sino su tristeza; la sensación de que su cerviz se abate, abrumada por el ubio, como el que soportan los bueyes de su arado y de su carreta. Así, las fiestas representan, para su sometimiento de todo el año, unos días de liberación, unas horas de alegría; pero sólo se siente verdaderamente libre, dueño de su albedrío, disponedor consciente de su personalidad, mientras dura la capea.

Nosotros, señoritos de la ciudad, críticos doctores de livianos juicios, gobernantes leguleyos sin fe en la psicología, hemos ido á la aldea en las fiestas del patrono y hemos atribuido á analfabetismo y á barbarie el goce de los rústicos ante el espectáculo, sin gracia, sin arte, sin belleza, de un buey cornalón, azorado y aturrido, que embiste y derriba, más que por fiereza nativa, para buscar una salida por donde escapar de su tormento. No advertimos que sólo en este festejo el aldeano se siente actor de su vida misma. Aparte su esclavitud de trabajo, no hay un solo acto social al que no asista pasivamente, como un espectador forzado. Durante todo el año se siente movido, empujado por fuerzas

extrañas á su albedrío; se siente suplantado, sustituido, sometido á un destino fatal que le deja apenas lo preciso para subsistir. Por tarda que sea su ideología y por embotada que parezca su sensibilidad, él se da cuenta de que su abyección tiene un nombre: monotonía.

Mas he aquí la hora de la capea. Es dueño de su libertad; toda su energía contenida, torturada, se desborda. Las mozas le verán llegar hasta las lindes de la muerte. Después de todo, en la aldea mísera, triste, somnolienta, la vida humana es cosa de poco valor. Hay para todo el pueblo una emoción que los forasteros no pueden advertir, que el gobernante no puede valuar; una emoción que luego se recuerda, se paladea, se rumia durante todo el año.

Están las aldeas españolas demasiado alejadas del tráfigo mundano; muchas de ellas, materialmente incomunicadas por falta de vías y por carencia de cultura, para que nada pueda interesarles como su suceso, el único que interrumpe el aburrimiento de su vivir. Allí estrenan las mocitas el vestido con que se han de engalanar los domingos venideros; allí se inician las relaciones novieras; es un punto de partida, sin el que los aldeanos no sabrían mantener sus diálogos. Es la era que necesitan los historiadores para ordenar sus cronologías. En la aldea, cuanto ha sucedido durante el año se divide en dos edades: antes de la capea y después de la capea; acaso, más; en el recuerdo de los ancianos, cronistas de la tribu como en los tiempos patriarcales, el suceso saliente de cada capea es como un hito.

JACOBO SCHNEIDER, INGENIERO, MADRID

ALFONSO XII, 32

ASCENSORES eléctricos "STIGLER"
CALEFACCIÓN CENTRAL de todos los sistemas
SANEAMIENTO de edificios

Más de 3.000 instalaciones ejecutadas en España y Portugal



No digáis que, agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció mi lira;
podrá no haber poetas,
pero donde hay mujeres
y PECA-CURA exista,
habrá poesía.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. —
Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50,
6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones
para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICÓ,
ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE,
ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL,
MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3. — Polvos, 4. — Loción, 4,50, 6,50 y 20.
Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con
estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).



TINTAS
LITOGRAFICAS Y TIPOGRAFICAS

DE
Pedro Closas
ARTÍCULOS PARA LAS ARTES
GRÁFICAS

Fábrica: Carretas, 63 al 71 BARCELONA
Despacho: Unión, 21

¿Quiere usted
aprender idiomas?
Vaya á la

**ESCUELA
BERLITZ**

ARENAL, 24

Nadie se los enseñará
mejor

LO MEJOR PARA LA BOCA
ALCOHOLATO
ELIXIR DENTÍFRICO
CURA DOLOR DE MUELAS
Carmen, 10, Alcohólera

¡COMERCIANTE! ¡EXPORTADORES-IMPORTADORES! Consulten el:

**ANUARIO DE LA
AMÉRICA LATINA**

(BAILLY-BAILLIERE--RIERA)

EDICIÓN DE 1920-21

Información general (señas) de los que se dedican al Comercio de Importación
y Exportación, Industria, Agricultura, Ganadería, Minería y Elemento Oficial en
las Repúblicas Argentina, Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Chile, Do-
minicana, Ecuador, El Salvador, Guatemala, Haití, Honduras, México, Nicaragua,
Panamá, Paraguay, Perú, Uruguay y Venezuela e Islas Filipinas y de Puerto Rico.
Encuadernación en dos tomos de unas 2.700 páginas y de comunicaciones de
más de 2.000.000 de datos, doce mapas geográficos y de comunicaciones de
colores y los Aranceles de Aduanas de los citados países. Sección de Anuncios

PRECIO DE VENTA EN TODA ESPAÑA: 70 PESETAS
FRANCO DE PORTES CONTRA ENVÍO DE FONDOS

Editores: **Anuarios Bailly-Bailliere y Riera Reunidos, S. A.**
Consejo de Ciento, 240.—BARCELONA :: Telégrafo y Cables: «Anuarios»
Agencia en Madrid: Núñez de Balboa, 21; Casa Editorial Bailly-Bailliere

Lea Ud. los viernes
la revista ilustrada

NUEVO MUNDO

40 céntimos número en toda España

TAPAS

para la encuadernación de

La Esfera

confeccionadas con gran
lujo

Se han puesto á la venta las correspondientes
al segundo semestre de 1920

SE VENDEN EN LA
ADMINISTRACIÓN DE **Prensa Gráfica (S. A.)**

HERMOSILLA, 57 MADRID

al precio de 7 pesetas

A nuestros anunciantes y suscriptores

Los agentes administrativos de esta Empresa van
siempre acreditados en forma que no quede duda de la
legitimidad de su representación.

Lo advertimos al público para que no acepte trato
alguno con quienes no tengan autorización reciente,
carnet de identificación de la casa, sellado con el sello
de la misma y firmado por el Administrador Delegado,
ni satisfagan el importe de los recibos que les presen-
ten al cobro en nuestro nombre, ni estimen, en fin, ga-
rantizados sus intereses por nosotros, que no podemos
responder de más gestiones que de las encomendadas
á nuestros representantes debidamente autorizados.

Para envíos á provincias añádanse 0,45 para franqueo y certificado

El papel en que se imprime esta ilustración está fabricado especialmente para "LA ESFERA" por

LA PAPELERA ESPAÑOLA

En Ningun Hogar
habrían de faltar

PASTILLAS VALDA

Este remedio respirable preserva de los peligros del Frio, de la humedad, del polvo y de los microbios, constituye un tratamiento energico de todas las afecciones de la Garganta, de los Bronquios y los Pulmones.

Tanto para los **NINOS**, como para los **ADULTOS**, y para los **ANCIANOS**.

Este EXCELENTE PRODUCTO

ha de tener cabida en todos los hogares

Procuraos hoy mismo

UNA CAJA DE

PASTILLAS VALDA

Pero sobre todo EXIGID, como es debido,

LAS VERDADERAS

que se venden únicamente

en CAJAS con el nombre

VALDA

en la tapa y nunca de otra manera.

Fórmula: S. M. 1099
Brev. 1099
Luzán-Bombas

J. C. WALKEN

FOTÓGRAFO

16, Sevilla, 16

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda a las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

**ESTÓMAGO É
INTESTINOS**

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedias, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida.

IMPRESA DE «Prensa Gráfica», HERMOSILLA, 57, MADRID
PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS

NOVELAS EMOCIONANTES

DELITOS DE AMOR

POR

E. Contreras y Camargo

UN TOMO DE INTERESANTÍSIMA LECTURA

Acaba de ponerse á la venta en todas las librerías

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

Sucursal de LA ESFERA
MUNDO GRÁFICO y NUEVO MUNDO

LIBRERIA DE SAN MARTÍN
PUERTA DEL SOL, 6, MADRID

FUNDADA EN 1854 • APARTADO 97

Se remite á provincias y Extranjero toda clase de libros, y gratuitamente el Boletín bibliográfico

Escopetas finas de precisión y caza
PARA TIRO DE PICHON



EIBAR.—Victor Sarasqueta
Proveedor y fabricante de S. M. el Rey Don Alfonso XIII y de S. A. la Infanta Doña Isabel

Lea usted los miércoles **MUNDO GRAFICO**

Concesionarios exclusivos de LA ESFERA para la República Argentina:
ORTIGOSA Y COMP.ª, Rivadavia, 693, BUENOS AIRES